



LA OBSESIÓN DEL
MULTIMILLONARIO

MÍA POR ESTA NOCHE

DE LA AUTORA EN LAS LISTAS DE BESTSELLERS
DEL NEW YORK TIMES Y USA TODAY

J.S. Scott



Mia Por Esta Noche



LA OBSESIÓN DEL MULTIMILLONARIO

J. S. SCOTT

La Obsesión del Multimillonario
Mía Por Esta Noche

Copyright © 2012: J. S. Scott

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción o utilización de parte o de todo este documento por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, grabación u otros cualesquiera sin el consentimiento por escrito de la autora, excepto para incluir citas breves en reseñas. Las historias que contiene son obras de ficción. Los nombres y personajes son fruto de la imaginación de la autora y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Traducción: Marta Molina Rodríguez
Edición y Corrección de Texto: Isa Jones

ISBN: 978-1-951102-52-4 (libro electrónico)



Índice



[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)



Capítulo 1

Simon Hudson permanecía de pie en silencio en la penumbra del opulento vestíbulo, las manos en los bolsillos de sus pantalones y un hombro apoyado contra el marco de una gran ventana que miraba a la calle. Todo su cuerpo estaba en tensión; sus oscuros ojos castaño examinaban la acera con la intensidad y atención absolutas de un loco.

«¿Dónde demonios está? Son las once menos cuarto».

Sabía que Kara trabajaba aquella noche. Las dos noches anteriores había llamado para decir que estaba enferma, pero había vuelto a trabajar en Helen's Place, sirviendo mesas en el turno de tarde. Lo había comprobado. Su madre era la dueña del pequeño restaurante donde trabajaba Kara y por lo general era bastante comunicativa cuando Simon quería información, pero él era cuidadoso. De lo contrario, su única progenitora lo acosaría para averiguar por qué quería información sobre Kara. Su madre, maravillosa pero curiosa, sería como un sabueso tras un rastro si pensara que el interés de Simon era cualquier cosa menos informal. Su madre lo incordiaría hasta el aburrimiento porque querría saber exactamente qué intenciones tenía con Kara.

Simon frunció el ceño. Como si tuviera intenciones de ninguna clase. Tenía fantasías y todas ellas incluían a Kara abierta de piernas en su cama, gritando su nombre mientras él hacía que se corriera una y otra vez. Inspiró profundamente y espiró despacio, intentando hacer que su cuerpo se relajara y diciéndose que tenía que estar loco para situarse en el mismo lugar, noche tras noche, por una mujer que no le habían presentado oficialmente. Pero

ahí estaba... otra vez, dándole la espalda al portero curioso, mirando por la ventana como un acosador desequilibrado, esperando para ver un momento a Kara Foster. Algo en aquella mujer sacaba a relucir unos instintos extraños, territoriales y protectores que hacían que permaneciera ahí, vigilando, esperando a que pasara por su bloque de apartamentos de camino a su casa después del trabajo. Y entonces, cuando la vio, hizo lo mismo de siempre: la siguió a cierta distancia, intentando no alarmarla, y esperó a que entrara en su apartamento a salvo antes de dar media vuelta y volver a casa andando.

No hablaba con ella ni se acercaba a ella siquiera. Nunca lo hacía. No es que no quisiera hacerlo, pero Kara iba a la Escuela de Enfermería y trabajaba a jornada completa en el restaurante de su madre. Según ella, Kara se negaba vehementemente a tener citas porque no tenía ni tiempo ni energía para invertir en una relación. Probablemente tenía razón con respecto a eso. Estaba loca; no dormía bastante ni comía lo suficiente. No tenía a nadie que se preocupara por ella excepto a la madre de Simon... y a él mismo. «Demonios, en el último año probablemente me he preocupado yo por su bienestar más que una docena de parientes, y ni siquiera diría que es una amiga». El problema es que él no era un familiar y sus sentimientos distaban mucho de ser fraternales. «¡Dios, es una dulzura!».

Simon tuvo que contener un gruñido de frustración al pensar en la primera vez que vio a Kara, los ojos azules chispeantes de humor, rizos negros de pelo sedoso saliendo de su perenne cola de caballo y su cuerpo ligero moviéndose con gracia de una mesa a otra en el restaurante de su madre. A la edad de veintiocho años, aún conservaba ese aspecto de inocencia y vulnerabilidad que tenía a Simon atrapado en su red inintencionada. Estaba prisionero en ella desde entonces.

Su madre hablaba de Kara como si fuera su hija, y Simon sabía que a Kara y su madre las unía un vínculo especial: uno que no se debía a la sangre, sino a una amistad especial. «Mierda... si fuera más joven, estoy seguro de que la adoptaría». Torciendo los labios ligeramente, Simon esperaba que su madre nunca pretendiese que fuera como un hermano para ella. Eso no iba a ocurrir. Se le ponía dura como una piedra cada vez que la veía. ¿Qué demonios tenía esa mujer en particular que lo ponía tan tenso y nervioso?

Simon se había follado a mujeres que eran más atractivas y sofisticadas; ni una sola le había causado la más mínima emoción. Era un solitario; prefería pasar su tiempo con el ordenador en lugar de asistir a eventos sociales, pero a veces necesitaba la compañía de una mujer para aliviar sus necesidades físicas. De cuando en cuando, tomárselo por su propia mano no era suficiente. Simon tenía ciertas conocidas para esas ocasiones, mujeres que le daban el control que necesitaba y que tenía que tener en la habitación, sin demasiadas exigencias ni preguntas. «¡Maldita sea! Con eso había bastado hasta... hasta que vi a Kara».

Hizo una mueca sin dejar de mirar a la calle, se metió las manos hasta el fondo de los bolsillos y ajustó su postura para dar descanso a sus hombros apoyando la cadera contra la pared. «Dios, me estoy volviendo patético. ¿Cuánto tiempo voy a soñar despierto con una mujer que ni siquiera sabe de mi existencia? ¿Hasta que termine la Escuela de Enfermería y se vaya? ¿Hasta que se case?».

Casi gruñó ante la idea de otro hombre le pusiera las manos encima al delicioso cuerpo de Kara. Simon luchó contra un instinto meramente salvaje que despertó en él ante la idea de otro hombre tocando a su mujer. «No es tu mujer, imbécil. Contrólate». Por una vez en su vida, Simon deseó parecerse más a su hermano mayor, Sam, la otra mitad de Hudson Corporation. Sam no tendría problema en pedirle algo a Kara. *Encantar, conquistar y abandonar* siempre había sido el estilo de su hermano y Sam ni siquiera se habría planteado la posibilidad de que lo rechazaran. Probablemente porque nunca fallaba. Su único hermano cambiaba de mujer como alguien con catarro cambia de pañuelo. Sam habría derribado las defensas de Kara, la habría encantado para que se bajase las bragas y después la habría dejado tirada para pasar a su siguiente conquista. «Ni hablar, demonios. Quiero a mi hermano, pero que me parta un rayo si alguna vez permito que la seduzca. No quiero verlos juntos ni en la misma habitación, porque ella es mía».

Simon sacudió la cabeza, sorprendido ante su comportamiento. Sí, le gustaba el control; de hecho, lo necesitaba, pero nunca había deseado a ninguna mujer en particular. Ahora, apenas podía pensar en otra cosa que la bonita camarera que había captado su atención hacía un año. «Le tienes miedo». Simon frunció el ceño ante aquel pensamiento. «¡Y una mierda! No me da miedo nada, y desde luego no le tengo miedo a Kara Foster.

Simplemente... no es probable que sea mi amante. ¿Para qué molestarse? Yo follo. No tengo citas. Y me gusta así».

Su hermano Sam era el rostro de la compañía, el comercial. Simon era un genio de los ordenadores, y estaba encantado de permanecer de fondo. ¿Qué sabía él sobre seducir a una mujer? Nunca había necesitado persuadir a ninguna mujer para llevarla a la cama. Las mujeres que se follaba sólo estaban con él por interés. Se le conocía por ser un amante generoso. No era tan estúpido como para creer que sentían algo por él. Eso lo entendía y podía aceptarlo. «Tal vez necesito encontrar a una mujer para follármela y superar esta obsesión absurda». ¿Bastaría con eso? ¿Podría librarse realmente de su fijación por aquella mujer si encontrara la manera de acostarse con ella?

«¡Dios! Tengo que hacer algo». Su preocupación irracional por Kara había empeorado cada vez más a lo largo del último año, haciendo que no desease a ninguna mujer excepto a ella. No había tocado a nadie excepto a sí mismo en más de un año, y la verdad es que necesitaba quitarse esa comezón. Y sin embargo... no podía. Si intentaba entrar en acción, hacer algo para llamar a otra mujer, veía la cara bonita de Kara y colgaba el teléfono. «Estoy así, jodidamente obsesionado con ella». Simon observó una figura que se acercaba, a punto de descartar mentalmente a la mujer de cabello oscuro vestida con una minifalda negra de cuero y un suéter rojo vivo. Nunca había visto a Kara vestida con nada excepto pantalones y una camiseta con el logotipo del restaurante, el uniforme casual estándar del restaurante de su madre. Volvió a mirarla sorprendido mientras se aproximaba y se quedó boquiabierto cuando le vio el rostro.

«¡Santo Dios! Es Kara». Estaba lo bastante cerca como para poder verle los rasgos, la misma cara que acechaba sus sueños húmedos cada puta noche, pero ese atuendo... «¿Qué diablos lleva puesto?». Simon veía casi cada centímetro de sus piernas largas, esbeltas y torneadas con una minifalda cortísima y todo el atuendo se ajustaba a sus pechos, torso y trasero como un guante. Se le puso el miembro duro al instante y se sacó las manos de los bolsillos, cerrando los puños con fuerza mientras una gota de sudor caía por su rostro, seguida de otra, y otra. «¡Maldita sea! ¿Pero en qué estaba pensando? Vestida así, prácticamente está pidiendo a gritos que venga cualquiera y la secuestre en plena calle. Y juro que yo seré ese hombre. No pienso dejarle esa oportunidad a otro, a alguien que pueda

hacerle daño. ¿No se da cuenta de que esto es Tampa? ¡Una gran ciudad! No es una ciudad pequeña donde puede andar de noche por la calle sin ser vista o acosada».

Simon abrió un puño y se aferró al marco de la ventana en busca de apoyo, sin quitarle ojo a la mujer que se acercaba. Apretó la mandíbula y supo que aquel era el día en que tendría que acercarse a ella, más de lo que lo había hecho nunca. No podía seguir controlando esas emociones animales y rampantes ni un minuto más. No le gustaban ni estaba acostumbrado a ellas. Lo único que quería era que volviera su cordura, volver a su ordenador y trabajar en su pasión por desarrollar juegos de ordenador sin que pensamientos eróticos sobre Kara se adueñasen de su cerebro.

Sentido común. Razón. Control. Así funcionaba él y eso es lo que necesitaba para volver a ser él mismo, y vaya si iba a recuperar su estado normal, independientemente de las medidas drásticas que tuviera que tomar para conseguirlo. De alguna manera, se libraría de ese deseo rabioso e increíblemente estúpido que sentía por Kara Foster. Decidido, Simon se dio impulso contra el marco de la ventana y se enderezó, poniéndose una máscara para vaciar su rostro de toda emoción. Era bueno en eso. Se había criado en una zona de Los Ángeles donde la mayoría de la gente normal ni siquiera se atrevería a adentrarse, un lugar donde ser débil, lento o frágil en cualquier medida significaba ser destruido. Si era algo, Simon Hudson era un superviviente. Con pose firme, apartó la mirada de la ventana, dio media vuelta con un movimiento seco y se dirigió a grandes pasos hacia la puerta, con un firme propósito.



Kara Foster estaba teniendo un día malísimo. Alzó la mochila para colocarla firmemente sobre su hombro y estiró el brazo para tirar del bajo de su falda, corta hasta el ridículo, tirando de ella con fuerza para taparse el trasero. Esa ropa le quedaba fenomenal a Lisa, su compañera de clase, que era varios centímetros más baja y varios años más joven que Kara. Por desgracia, al cuerpo más alto y lleno de Kara, no le quedaba exactamente igual. El suéter se ajustaba a sus generosos pechos y la falda era cortísima; apenas le tapaba los cachetes del trasero.

Era una mujer espabilada; había crecido en uno de los peores barrios de Tampa y salió intacta de aquella experiencia. Kara sabía cómo protegerse y cómo evitar atención no deseada. «¿Qué demonios hago con una vestimenta que inevitablemente va a meterme en problemas? Kara, eso ha sido una estupidez. ¡Una verdadera estupidez!». Frunció el ceño y se obligó a seguir andando. No era gran cosa. Estaba en un barrio decente. ¿Y qué si parecía una gata del sexo con calzado deportivo? Ocho manzanas más y estaría en casa, libre por fin para quitarse ese atuendo ridículo y ponerse sus pantalones y camiseta cómodos.

Kara suspiró mientras se concentraba únicamente en llegar al minúsculo apartamento que compartía con otra estudiante. Tenía las piernas frías y se estremeció, caminando más rápido para entrar en calor. Era enero en Tampa, y aunque las horas diurnas eran agradables, refrescaba por la noche. Debería haberse traído la chaqueta, pero aquella mañana había salido tarde. Tampoco tenía planeado ir con las piernas al aire y el trasero ondeando al aire fresco. «Casi ha terminado el día. ¡Gracias a Dios!».

Un poco antes se había derramado café en los pantalones y la camiseta. Sin tiempo para ir a casa a cambiarse antes de ir al trabajo, Kara había aceptado agradecida la oferta de ropa limpia de Lisa, una compañera que nunca iba sin un cambio de ropa en el coche. No se trataba de que no apreciase la amabilidad de su compañera; desde luego que sí lo hacía. Simplemente desearía poder llevar esa ropa con la misma actitud que Lisa. Pero... no podía. Estaba acostumbrada a no llamar la atención, y se sentía horrorizada por parecerse con toda probabilidad a una pilingui con zapatos malos que iba por ahí todo el día con un toque de rojo en las mejillas e intentando desesperadamente no tener que agacharse.

Cuando llegó al restaurante para su turno, su amable jefa, Helen Hudson, se había apiadado de ella y rebuscó en los cajones hasta dar con un delantal que le llegaba por las rodillas y cubría su trasero expuesto. Deseando habérselo llevado a casa, volvió a tirar del bajo de la falda ceñida bastante frustrada, deseando no enseñar nada más que un muslo desnudo.

El cansancio se hizo presa de su cuerpo y le rugió el estómago. Había estado tan ocupada en el trabajo que no se había tomado tiempo para comer. El restaurante, pequeño y acogedor, había estado mucho más ajetreado de lo habitual porque era viernes por la noche. Ella se sentía agradecida por los clientes. Las propinas que llevaba en la mochila eran todo lo que la

separaba de una cuenta bancaria completamente vacía. Tal vez podría hacer la compra ahora que tenía algo de dinero. No tenía nada en la cocina y su compañera parecía estar en una situación económica aún peor que la de Kara. Lydia nunca compraba comida y todo lo que compraba Kara desaparecía rápidamente. «¡Es el último semestre! Tú puedes. Maldita sea... Han sido cuatro años muy largos». Kara se sentía mucho más mayor que sus veintiocho años. De hecho, se sentía vieja. ¡Punto! La mayor parte de sus compañeros de clase apenas pasaban los veintiuno y sólo se preocupaban por ir de fiesta, mientras que Kara sólo podía pensar en vivir al día, acercándose un paso más a la graduación.

Había perdido a sus padres en un accidente de coche cuando tenía dieciocho años y estaba básicamente sola. Después de varios años trabajando de camarera y sobreviviendo a duras penas, sabía que tenía que ir a la universidad o resignarse a pasar la vida luchando sin ver el fin de la pobreza. No se arrepentía de su decisión de ir a la universidad, pero había sido un camino difícil, arduo y solitario. Sólo podía sentirse agradecida de que casi hubiera terminado. «¡Lo conseguirás! ¡Ya casi has llegado!».

Kara se detuvo en seco cuando la acera empezó a inclinarse y se le nubló la vista. «Oh, mierda». Extendió la mano para agarrarse al poste de una farola y asegurarse mientras la cabeza le daba vueltas y le temblaba el cuerpo. El mareo hacía imposible que funcionase y que avanzase un paso más. «Maldita sea. Debería haber parado a comer».

—¡Kara! —oyó el barítono grave sin contemplaciones desde su aturdimiento. La voz era seca, pero se sentía segura al saber que alguien que la conocía y la reconocía estaba allí. Sacudió la cabeza intentando aclararse la vista, aferrándose con más fuerza al poste de metal y obligándose a fuerza de voluntad a no desmayarse en la acera de piedra fría mientras su cuerpo se mecía precariamente, preparándose para la caída.



Capítulo 2

— ¡Dios, tienes una pinta desastrosa! —La misma voz, impaciente y ronca, atravesó su mente nublada. Kara sintió un par de brazos duros y musculosos rodeándola mientras la levantaban contra un torso sólido y duro como una piedra. «Calentito... qué calentito», pensó acurrucándose al calor de aquella forma robusta y como una estufa, intentando utilizar el calor corporal para desbloquear sus músculos helados.

Reposó la cabeza, que le daba vueltas, contra un hombro muy ancho y muy duro mientras suspiraba a medida que el hombre misterioso cruzaba una serie de puertas y entraba a un edificio caldeado. En algún lugar de su mente, sabía que debería oponerse, intentar escapar del extraño hombre cuya voz no reconocía. Sin embargo, no tenía fuerzas.

Kara reconoció el timbre de un ascensor y su estómago se rebeló cuando la cabina de acero dio una sacudida y empezó a ascender a lo que parecía una velocidad vertiginosa que hizo que la cabeza le diera vueltas.

Unos momentos después, la posó suavemente en una cama cómoda y la cubrió con un edredón caliente que alivió el frío que sentía. Le quitó el calzado con brusquedad y los arrojó al suelo. Kara abrió los ojos e intentó enfocar la mirada. Mientras se esforzaba para incorporarse, se encontró de vuelta sobre la almohada bajo unas manos fuertes que la empujaban por los hombros.

—No te muevas, ni un centímetro.

—Estoy bien. He tenido un virus. Pensaba que lo había superado. Sólo ha sido un pequeño mareo —discutió mientras intentaba incorporarse de

nuevo.

—No estás bien —ladró la voz—. El doctor está aquí para verte. Vive en el edificio. Te vio antes cuando casi te caes de cabeza en la acera.

—¿Doctor? —Alarmada, Kara se concentró en otro hombre oculto tras el más autoritario.

—Demasiado tarde. Ya está aquí. Y va a hacerte una revisión.

—Puedo negarme —contestó ella dudosa, mirando por fin a los ojos oscuros de su rescatador.

—No lo harás —le dijo en tono de advertencia. Su apariencia peligrosa evitó que un comentario agudo saliera de su boca. «Dios, es enorme». Sus hombros anchos llenaban el campo de visión de Kara mientras él se agachaba junto a la cama. Había sentido su cuerpo musculoso mientras la llevaba en brazos, pero ahora apreciaba visualmente la fuerza de sus brazos y su masa sólida cuando se le aclaró la vista y empezó a pasársele el mareo.

Grande. Oscuro. Peligroso. Los ojos azules de Kara chocaron contra sus ojos castaño oscuro. Su mirada era tan feroz que casi daba miedo. Él se pasó una mano impaciente por el pelo corto negro, con gesto serio. No era guapo de una manera convencional; sus rasgos eran demasiado duros y su tez oliva estaba marcada por una pequeña cicatriz en su sien derecha y otra en la mejilla izquierda. Pero vaya si era atractivo, de una manera carnal y sensual. Kara sentía la intensidad que emanaba del cuerpo del hombre y se introducía en el suyo, haciendo que sus pezones se tornaran duros y sensibles.

—¿Quién eres? —le preguntó en voz baja al recordar que la había llamado por su nombre.

—Simon Hudson. El hijo de Helen Hudson. —Se puso de pie y dio unos pasos atrás para dejar que el hombre más mayor avanzara.

«¿El hijo de Helen? Simon». Nunca había conocido a Sam ni a Simon, pero lo había oído todo sobre ellos por parte de su jefa, una mujer que se había convertido en una amiga muy cercana a lo largo de los años. Simon era el más joven; tenía poco más de treinta años. Era un genio de los ordenadores y desarrollaba los juegos de ordenador que habían dado nacimiento a Hudson Corporation, empresa que ahora iba encaminada a convertirse en una compañía que valía miles de millones.

—Señorita, he oído que ha estado enferma. Soy el Dr. Simms. Deje que la examine rápidamente. —Un rostro amable de mediana edad sustituyó al

del Sr. Alto Oscuro Infeliz. Kara dejó escapar un suspiro de alivio y le dirigió una pequeña sonrisa al jovial médico.

—Estoy bien. Fue un virus. Tal vez no estaba curada del todo y ha sido un día muy largo. Solo era un poco de cansancio acumulado —le aseguró al médico. Estaba ansiosa por ponerse su calzado deportivo gastado y huir corriendo de aquella situación tan embarazosa lo más pronto posible.

Simon permanecía detrás del buen doctor, de brazos cruzados y con una expresión formidable. «¡Por Dios... qué feroz!». No era como si no hubiera visto bastantes hombres que dieran miedo en su vida, pero había algo en Simon que hacía que le latiera el corazón y que ponía su cuerpo en alerta máxima.

Kara dejó que el Dr. Simms la examinara. Era un hombre amable y eficiente con un trato con el paciente que hizo que sonriera mientras él charlaba de manera ausente durante el reconocimiento. Le dio órdenes y le planteó las preguntas habituales. Ella respondió a todas sus preguntas tan brevemente como podía; quería terminar el reconocimiento y salir de la presencia opresiva de Simon Hudson.

El Dr. Simms se levantó con una sonrisa simpática cuando terminó su reconocimiento.

—Necesita descanso, comida y más tiempo para reponerse de ese virus. Tal vez se haya sentido un poco mejor durante un día porque le bajó la fiebre, pero ha vuelto a subirle y el virus no está completamente eliminado de su sistema. Ya está baja de defensas y parece que no come ni duerme como es debido. —La sonrisa del médico se ensanchó—. Muy típico del personal médico. Ya hace tiempo de eso, pero todavía me acuerdo de cuando estudiaba Medicina. —Después de una pausa, el médico preguntó de manera profesional—. ¿Hay alguna posibilidad de que esté embarazada?

Kara lanzó una mirada al rostro de Simon, las mejillas ardiéndole de vergüenza. «¿Necesita Simon oír todo esto?». Los ojos de él se cruzaron con los de ella y su cuerpo parecía visiblemente tenso mientras esperaba su respuesta.

—No. Ninguna posibilidad en absoluto —respondió con una timidez que habitualmente no formaba parte de su personalidad. «No hay ninguna posibilidad de que esté embarazada, ni hablar, a menos que un vibrador pueda dejarte preñada. Además, últimamente estoy demasiado cansada incluso para eso». Su deseo sexual estaba desaparecido a causa de jornadas

semanales de ochenta horas entre el trabajo y la universidad. La única acción que veía su cama era Kara, sola, durmiendo durante las pocas horas de descanso que tenía cada noche después de sus sesiones de estudio hasta las tantas.

El doctor lo dejó pasar como quien no quiere la cosa y le dio órdenes de que descansara y tratase los síntomas con antipiréticos sin receta. Kara le dio las gracias y le dirigió una sonrisa trémula antes de que él se volviera hacia Simon para hablar en voz baja con él mientras ambos hombres abandonaban la habitación.

Ella se incorporó rápidamente, demasiado rápido, y la habitación dio vueltas durante un minuto hasta que se le aclaró la mente. «Dios, estoy débil como un gatito por la fiebre y la falta de alimento». Se inclinó lentamente y cogió sus tenis del suelo, sentándose en la cama para meter los pies sin siquiera atarse los cordones.

—¿Qué demonios te crees que estás haciendo? —Kara dio un respingo al oír la voz atronadora, con el segundo pie a medias en el zapato.

—Tengo que irme a casa —respondió incómoda ahora que estaba a solas con Simon. Era demasiado grande, demasiado brusco y exigente, demasiado de todo. Había algo en él que hacía que se sintiera mareada, y no tenía nada que ver con el virus.

Simon volvió a poner sus piernas sobre la cama y le quitó los tenis. «Mierda. Todo ese esfuerzo para nada en unos segundos». Ponerse el calzado le había costado mucho esfuerzo y no le apreciaba tener que volver a hacerlo.

—Estás enferma y te quedas aquí —le dijo Simon con terquedad mientras sus ojos oscuros la miraban de arriba abajo con una mueca.

—No puedo. Mañana trabajo. Necesito dormir.

—No vas a trabajar durante al menos una semana. Ya he llamado a mi madre y le he dicho que te sustituya. —Su expresión era de desaprobación mientras le tapaba el cuerpo con el edredón y se sentaba encima de ésta, atrapándola de hecho—. También me he tomado la libertad de coger tus llaves de la mochila para que mi asistente vaya a tu casa a coger algo de ropa, por si tu compañera no está.

—Pero, yo...

—¡No me repliques! Esta discusión ha terminado. Voy a prepararte algo de comer. Vas a comértelo y, después, a dormir. —Se levantó y salió

mientras sus órdenes seguían reverberando en el espacio impresionante del dormitorio.

Echando humo, Kara se sentó y debatió consigo misma si se atrevía a salir de la cama y por la puerta de lo que parecía un edificio de apartamentos. ¡Un edificio muy bonito! La habitación era espaciosa y estaba decorada en tonos tostados y negros. La alfombra tostada y lujosa y los muebles oscuros y masculinos dominaban la habitación. La cama era enorme y descansaba sobre un somier de intrincado hierro forjado negro que sostenía un dosel de lo que parecía ser seda tostada con tejidos de diseños negros y marrones. Era una habitación bonita, oscura y directa, como su dueño.

«¿De verdad espera que me quede aquí? Sí, su madre es tu jefa y una amiga. Pero yo no conozco a Simon y no estoy segura de que me guste. Es un mandón, impaciente y espera que la gente salte cuando él diga o que esperen cuando diga él, como una especie de perro amaestrado». Por desgracia para él, Kara no acataba bien las órdenes. Había tomado sus propias decisiones desde que fallecieron sus padres y lo último que necesitaba era un multimillonario dominante que dirigiera su vida. Lo único que significaba el dinero para Kara era seguridad. Aparte de eso, no podía importarle menos lo que el dinero pudiera comprar; era difícil echar de menos cosas que nunca había tenido.

«¿Ha llamado a Helen para que me sustituya? No puedo faltar al trabajo una semana, imposible. Faltar dos días esta semana ya ha hecho que tenga que estirar una cuenta vacía». Dependía de las propinas para sobrevivir, y no obtendría ninguna sentada todo el día en casa. Había faltado dos tardes porque no había tenido otra opción. El virus se la había comido con patatas y la había escupido para dejarla postrada en cama y más enferma de lo que había estado desde que era una niña.

Suspiró y se apoyó sobre las almohadas. Estaba agotada y muy débil. Lo único que quería realmente era enterrarse en esa cama cómoda y calentita y dormir hasta que se le pasara el cansancio. «¿Cómo será eso? No recuerdo la última vez que no estaba exhausta». Se había convertido en algo normal para ella sentirse agotada durante los últimos cuatro años; solo dormía unas cuantas horas cada noche y sus comidas eran esporádicas, dependiendo de lo que pudiera permitirse.

Kara alzó la vista cuando oyó el tintineo de unos vasos y vio a Simon entrar en la habitación, haciendo equilibrista con los platos. Contuvo una sonrisa, pensando que era bueno que fuera un genio de los ordenadores, porque nunca tendría éxito como camarero. Tenía un vaso en una mano y un plato en la otra. Un cuenco permanecía en un equilibrio inestable entre su codo y su pecho. Quería decirle que sería más fácil si apoyara el cuenco en el plato, pero reprimió la sugerencia.

—No sé qué te gusta —farfulló mientras dejaba el vaso sobre la mesilla y le entregaba el cuenco. Sonaba gruñón en cuanto al hecho de que hubiera algo que no supiera—. Es sopa. Come.

«Hablando de un hombre de pocas palabras». Emitía órdenes como un sargento.

—Simon, no puedo quedarme aquí —le dijo suavemente mientras aceptaba el cuenco de sopa humeante. Fideos de pollo. Su favorito. Con el estómago rugiéndole por el aroma apetitoso que subía desde el cuenco, levantó la cuchara y dio un sorbo cauteloso. Se daba cuenta de que era sopa de sobre, pero estaba deliciosa y su estómago vacío hizo que la engullera como una mujer hambrienta.

—Te quedas. Toma esto. —Dijo mirándola ceñudo mientras sostenía la palma en alto con dos pastillas que echó en su mano.

Tylenol extra fuerte. Se las metió en la boca agradecida y estiró el brazo para coger el vaso. Simon se lo dio antes de que pudiera alcanzarlo. Kara se tragó las pastillas y le devolvió el zumo a Simon, que esperaba con la mano en alto, antes de responder:

—Tengo que trabajar. No puedo permitirme no hacerlo. Ya cogí dos días porque estaba enferma. Estoy segura de que mañana me encontraré mejor.

—Puedes apostar tu dulce culito al aire a que sí. Me aseguraré de que así sea —contestó él en tono irascible.

Kara siguió comiéndose la sopa mientras observaba atentamente su expresión. Estaba serio. Muy serio. «¿Cómo es posible que una mujer tan dulce como Helen termine con un hijo tan hosco como Simon?»

—No eres mi jefe, Simon.

—No, pero mi madre lo es y está de acuerdo en que no vas a trabajar. No se había dado cuenta de que seguías enferma —le dijo con tono arisco—. Caramba... no sé cómo se le pasó. Tienes unas ojeras negras que hacen que parezcas un mapache y tienes cara de muerta. Mamá se ha vuelto

descuidada, desde luego. Normalmente saca a relucir los problemas. Dolorosamente, si es necesario —gruñó como si estuviera recordando alguna de esas experiencias dolorosas.

—Antes me encontraba mejor. Y ella intentó ayudarme a encontrar algo que ponerme encima de la falda —le dijo tranquilamente mientras se terminaba la sopa.

—¿De dónde demonios has sacado ese atuendo? Nunca te he visto llevar nada que no fueran pantalones —inquirió en voz baja, peligrosa. Kara se estremeció mientras los ojos de Simon recorrieron el edredón como si pudiera ver su cuerpo escasamente cubierto a través del tejido.

—Me lo han prestado —dijo aceptando el plato, con un sándwich de aspecto delicioso mientras Simon retiraba el cuenco—. Como una perfecta idiota, me derramé café en la ropa y no tenía tiempo de ir a casa antes del trabajo.

—No eres una idiota —afirmó él secamente.

Kara tragó un mordisco del sándwich de ensalada de huevo, delicioso, y lo miró a la cara sorprendida.

—Nunca nos han presentado. ¿Cómo me has reconocido? ¿Cómo sabes lo que suelo llevar?

Él se encogió de hombros y apartó la mirada.

—Te he visto por el restaurante.

—Nunca te he visto en el restaurante.

—Suelo ir a ver a mi madre. Normalmente no salgo al frente. El despacho de Helen estaba en la parte trasera, de modo que tenía sentido. Kara permaneció en silencio mientras devoraba el resto del sándwich. «Dios... qué hambre tenía... gracias por esta comida».

—Gracias —le dijo sinceramente mientras le devolvía el plato y Simon lo dejaba en la mesilla.

—Necesitas comer y dormir. —Tocó con suavidad los parches oscuros bajo sus ojos con el dedo índice—. Nunca había estado lo bastante cerca para ver lo cansada que pareces.

—El virus me dio una patada en el trasero —murmuró ligeramente, sintiéndose entrar en calor, no solo por la comida, sino por el ceño preocupado de Simon—. Mañana me encontraré bastante bien para volver al trabajo.

Él le dio el vaso de zumo.

—Ni lo pienses. Termina eso y a dormir.

Demasiado cansada como para discutir, Kara se bebió el zumo de un trago y le devolvió el vaso a Simon, que esperaba con la palma tendida. Ya lidiaría después con todo. Se le cerraban los ojos y el cansancio pesaba como una losa. Necesitaba cerrar los ojos.

Kara se acurrucó bajo el edredón, suspiró y apoyó la cabeza sobre la almohada. Por primera vez en años, se sentía llena, cómoda y... segura. Simon podía ser un gruñón, pero por lo visto se había elegido a sí mismo como su protector. Resultaba reconfortante de alguna manera. Con ese extraño pensamiento deambulando por su mente, se quedó dormida.



Capítulo 3

Kara se levantó tarde al día siguiente; se sentía completamente descansada y se preguntaba dónde demonios estaba hasta que recordó el episodio en la acera y su consiguiente rescate a manos de Simon Hudson. «¿Estará aquí o se habrá marchado ya?».

Salió en silencio de la enorme cama y asomó la cabeza por la puerta del dormitorio. No se oía otra cosa que silencio. Cogió una bata de seda negra que probablemente pertenecía a Simon y abrió otra puerta en el lado opuesto de la habitación, aliviada al encontrar el baño. Cerró la puerta con pestillo y se desnudó rápidamente, se soltó el pelo y lo liberó de los confines de la pinza que lo sujetaba mientras dejaba que la ropa yaciera en un círculo a sus pies. Necesitaba una ducha y un café.

Sintiéndose mejor después de la ducha, limpia y envuelta en la bata de Simon, dudó al mirar con anhelo el cepillo y la pasta de dientes sobre la encimera de mármol junto a los dos lavabos. No quería curiosear, pero estaba desesperada por un cepillo de dientes, así que abrió varios armarios y casi se echó a reír de felicidad cuando encontró uno nuevo envuelto en plástico. Le dio buen uso e intentó domar su pelo mojado con uno de los cepillos de Simon. Demasiado tarde, esperó que no le importara. «Siéntete como en casa, Kara».

Como si algún día fuese a tener una casa así. La pura decadencia que la rodeaba casi la dejó anonadada y miró fijamente la enorme bañera de jardín con un suspiro pesaroso. «Lo que daría por una hora o así en esa bañera». No era una chica materialista, pero aún así sabía valorar una bañera

fenomenal. Su apartamento sólo tenía una ducha minúscula y un largo remojón era algo que tendría que esperar hasta que se graduase de la universidad y pudiera alquilar su propia casa. «Y tendrá bañera». Decidió en ese preciso momento que lo convertiría en un requisito.

Volviéndole la espalda a la tentación de la enorme bañera oval, Kara se ajustó la bata y recogió su ropa y la toalla, intentando no imaginar el cuerpo musculoso y desnudo de Simon reclinándose en el agua.

«¡Estúpida! Deja de pensar en el hijo de tu jefa y encuentra tu puñetera mochila para salir de aquí de una vez».

Salió de la habitación y dudó. No estaba segura de dónde dirigirse. El apartamento era enorme. Al final del largo pasillo que llevaba al dormitorio principal, había habitaciones libres, decoradas con mucho gusto. Casi ahogó un grito cuando salió del pasillo a un espacioso salón con techo catedral y un mobiliario de cuero tostado precioso. «¡Santo Dios! ¿Alguna vez has visto una televisión tan grande?». La pantalla dominaba una habitación, haciendo que pareciera casi una pantalla de cine. «Este no es mi sitio; está claro».

Sus pies desnudos abandonaron la lujosa alfombra y pasaron a suaves baldosas a medida que entraba lentamente en una cocina que sería el sueño de cualquier chef. Decorada en verde pino y crema, tenía todos los electrodomésticos con las que podía soñar cualquiera y varios que ni siquiera pudo identificar.

Kara divisó su mochila en la encimera de la isla y abrió la cremallera para meter de cualquier manera la ropa prestada en el bolsillo central, más grande, mientras seguía aferrando la toalla mojada porque no estaba segura de qué hacer con ella.

—¿Cómo te encuentras? —Kara saltó cuando la voz grave e inquisitiva habló en la cocina silenciosa. Se cubrió el pecho con una mano temblorosa mientras el corazón le latía acelerado. Se volvió hacia Simon, que la observaba en silencio con un brazo apoyado informalmente contra el marco de la puerta. Tenía el pelo oscuro mojado, como si acabara de ducharse, y llevaba puestos unos pantalones que abrazaban con amor la parte inferior de su cuerpo musculoso. Un polo verde de manga larga de lana se estiraba para ajustarse a sus enormes hombros y pecho ancho. «Este hombre está cuadrado».

Su mirada marrón brillante recorrió su cuerpo, volviéndose más acalorada con cada pasada. De arriba abajo. De arriba abajo. Kara se apretó la bata.

—Lo siento. No tenía nada más que ponerme.

Él se encogió de hombros y se impulsó para alejarse de la puerta.

—Te queda mucho mejor a ti que a mí —respondió con una voz ronca mientras se acercaba con paso tranquilo al armario más alejado—. ¿Café?

«Dios, sí». Podría haberle preguntado si quería terminar Enfermería. Era una completa adicta.

—Sí, por favor. Si no te importa.

—Siéntate. Se supone que tienes que descansar. —Hizo un gesto hacia la isla de la cocina y Kara se sentó en un taburete alto. Observó mientras él ponía una taza bajo la cafetera, metía una cápsula de café en la hendidura y cerraba la máquina, que borboteó y cobró vida. Su café estaba listo en cuestión de segundos.

—Es el sueño de cualquier amante del café —suspiró mientras él dejaba la taza humeante frente a ella.

—Espero que te guste intenso —comentó mientras sacaba crema de leche de la nevera y la colocaba junto con el cuenco del azúcar frente a ella—. Es una mezcla más fuerte.

Kara aspiró el delicioso aroma procedente de la taza humeante y se le hizo la boca agua.

—Huele de fábula. —Simon sostuvo una cuchara y ella la cogió. Sus dedos se rozaron cuando ella tomó el utensilio. Sintió un hormigueo al ligero roce y una oleada de calor recorrió todo su cuerpo. Simon estaba cerca, tan cerca que podía oler su aroma limpio y masculino cuando él extendió la mano hacia sus piernas cubiertas de seda. Se quedó sin respiración cuando sus dedos rozaron la seda, enviando oleadas de calor directas a su sexo.

—Yo me encargo de esto. —Levantó la toalla mojada de su regazo, deslizando los nudillos lentamente por sus muslos mientras la liberaba de la toalla mojada que sostenía.

Kara estaba temblando. Estremeciéndose, de hecho; sólo por ese ligero roce casual. «Santo Dios, necesito alejarme». Necesitaba irse a algún sitio donde no pudiera olerlo, sentir su calor y las vibraciones perturbadoras de energía sexual.

—Gracias —dijo con voz débil mientras soltaba la toalla.

Suspiró aliviada cuando él salió a una habitación adyacente a la cocina y volvió sin la toalla.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Cómo te encuentras?

Kara apartó la mirada de su cuerpo tentador y vertió crema y azúcar en el café.

—Me encuentro genial. Ha bajado la fiebre. Gracias por ayudarme, pero tengo que irme. —Cerró los ojos y casi gimió cuando el rico sabor del café de primera calidad rozó su paladar.

—No puedes irte. Hoy, no. Ni mañana. —La voz de Simon sonaba neutral cuando se aproximó a la cafetera y metió otra cápsula en la máquina, cerrando la pestaña con más fuerza de la necesaria.

—¿Por qué? —abrió los ojos de golpe para dirigirle una mirada de sorpresa.

Los ojos de Simon estaban pegados a su humeante taza de café y se sentó frente a ella en otro taburete. Cogió la cucharilla de la encimera y se echó un poco de crema en el café.

—Te han desahuciado.

Cuando se sobresaltó por la sorpresa, se le derramó el café por los dedos. Lo miró a los ojos, aturdida por un momento.

—Eso no es posible. Lydia paga el alquiler. Le doy mi parte todos los meses. —Cogió una servilleta automáticamente del centro de la isla para limpiarse los dedos. Ni siquiera se percató del dolor por la quemadura superficial de lo atónita que estaba ante su afirmación. «¿Es un chiste? ¿Tiene un sentido del humor completamente retorcido? ¿No sabe que no está bien hacer chistes sobre esa clase de cosas con una mujer prácticamente indigente?».

Simon la miró por fin, con ojos serios y un toque de compasión en la mirada.

—Me temo que tu compañera ha huido. Todo lo que había en el apartamento ayer por la noche, tarde, eran unas pocas cajas con algunos documentos tuyos de la universidad, el certificado de nacimiento y otros papeles.

Las manos de Kara empezaron a temblar y las retorció sobre la encimera de mármol. «No puede ser verdad. No es verdad».

—Tiene que haber un error.

—No es un error. Mi asistente lo comprobó con el casero esta mañana. Tu compañera fue desahuciada. Llevaba un tiempo en proceso de desahucio. Ayer era el último día. —Simon dio un sorbo a su café, sin dejar de mirarla a los ojos.

«¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios!», la mente de Kara era un torbellino a medida que se percataba de las consecuencias de su revelación. No tenía un lugar donde vivir ni posesiones. «Pero, ¿qué diablos...?».

—Tiene que haber algún error —susurró, posando la mirada sobre la taza de café. «Por favor, haz que sea un error». Era imposible que pudiera recuperar el alquiler o reemplazar sus pertenencias—. ¿Y qué hay de mis cosas y mi ropa?

—Tu compañera fue muy meticulosa. Allí no había nada excepto unas cuantas cajas.

—Tiene que ser la casa equivocada.

—Es la casa correcta, Kara. Lo siento. —Simon recitó de un tirón su dirección y los nombres de su casero y de su compañera de piso—. ¿Todo correcto?

Los ojos azules se le llenaron de lágrimas mientras asentía con la cabeza, incapaz de hablar debido al nudo que tenía en la garganta. «Dios mío...». Llevaba años haciendo equilibrios en la cuerda floja, sin red, y ahora iba de cabeza al abismo justo cuando llegaba al final de la cuerda.

Rara vez se comunicaba con Lydia, pero nunca se le habría ocurrido pensar que su compañera fuera capaz de algo así. Eran corteses la una con la otra, pero Kara solo estaba en casa por la noche para estudiar y dormir, lo que hacía que sus encuentros con Lydia fueran esporádicos. Dejaba su parte del alquiler y de los gastos en la cocina diminuta todos los meses, y nunca había dudado que su compañera lo utilizaba para pagar las facturas. Por lo visto, no lo había hecho.

—Esto no está pasando —dijo con voz entrecortada, sintiéndose como si su mundo se hubiera hecho pedazos. De hecho, así era. Solo unas pocas palabras: un desastre, una traición; era todo lo que había hecho falta para que su vida se viniera abajo en torno a ella.

—¿Estás bien? —preguntó Simon dudoso, bebiendo su café a sorbitos y observándola con cautela.

—Sí. No. No lo sé —respiró incrédula—. Tengo que pensar. —«¿Qué hago? ¿¡Dónde voy a vivir!?! ¿Cómo voy a sobrevivir?!». Apartó la taza de

café de un empujón y enterró la cabeza entre los brazos. «Ay, Dios... Estoy destrozada. Piensa, Kara. Piensa»—. No lo sabía. ¿Cómo podía no saberlo? —le preguntó a Simon, aunque realmente la pregunta iba dirigida a sí misma, mientras intentaba alcanzar a comprender cómo había podido ocurrir aquello.

—Tu compañera dejó la universidad el semestre pasado. Por lo que parece, lo ocultó todo para poder seguir cogiendo tu alquiler hasta que tuviera que irse —respondió Simon con voz marcada por el enfado—. Lo siento, Kara. Ya tenías bastante sin que ocurriera esto.

Alzó la cabeza y su mirada confusa y atemorizada se encontró con los ojos enfadados de Simon, sorprendida. Estaba enfadado con Lydia y con las circunstancias. Obviamente, Simon tenía corazón.

—¿Todo ha desaparecido? ¿Los muebles, las cosas de mi habitación, mis pertenencias? —tartamudeó, atragantándose con las lágrimas.

—Las únicas cajas que quedaban las trajo mi asistente, Nina. Están en la cama, en la habitación de invitados —dijo con voz seria—. Lo he revisado todo, Kara. Era legal. Tu compañera lo cogió todo el último día. Si hubieras ido a casa anoche, te habrías encontrado un apartamento vacío. Me alegro de que te libraras de esa sorpresa nocturna en concreto. Nina le devolvió la llave al casero. Iban a cambiar las cerraduras. No puedes volver allí.

«No tengo casa. Ni cama. Ni un lugar adonde ir». La desesperación y la pérdida se irguieron en ella y de pronto no podía respirar; no podía pensar. Lágrimas silenciosas se derramaban de sus ojos y lo único que podía pensar era en los últimos cuatro años de lucha y dificultades. «Para nada. Todo para nada. Terminaré en un albergue, si encuentro una plaza libre. La universidad tendrá que esperar hasta que pueda volver a levantarme».

—No. Dios, no. —Aspiró profundamente, intentando sofocar el pánico, pero no podía. Con el cuerpo pesado y las manos sobre el rostro, Kara Foster hizo algo que no había hecho desde la muerte de sus padres: lloró.



Capítulo 4

El hielo que rodeaba el corazón de Simon se resquebrajó un poco cuando vio a la mujer triste y abatida frente a él estallar en lágrimas; sus sollozos desesperanzados le retorcían el estómago.

«¡Joder! Si pudiera localizar a esa despreciable de su compañera, le haría pagar hasta la última pizca del dolor que está sufriendo Kara ahora mismo». Incapaz de detenerse, Simon se acercó a ella y apretó su cuerpo contra el suyo, cogiéndola en brazos con cuidado hasta que la levantó y ella le rodeó el cuello con los brazos, apoyando el rostro contra su pecho. Sentía su cuerpo tembloroso, su figura delicada pegada a la suya mientras Kara se lamentaba de su miseria sobre su hombro.

—Chsss... Kara. Todo irá bien. Yo te cuidaré. —Simon le acarició el sedoso pelo negro, a sabiendas de que cada una de sus palabras era sincera. No era algo que estuviera diciendo para tranquilizarla, para hacer que se le pasara el dolor. Quería cuidar a esa mujer que ya había tenido bastante mala suerte y dificultades, y que las había soportado con una entereza admirable. Era especial, y sus lágrimas casi lo deshicieron.

Simon respiró hondo y apretó su abrazo alrededor de su cintura, extendiendo una palma a lo largo de su espalda esbelta y moviéndola en círculos para calmarla. Se sentía tan bien, tan a la perfección con ella entre sus brazos. El sexo le palpitó cuando olió su perfume tentador. Olía a primavera y a Kara: un aroma natural y tentador que le hacía la boca agua.

Maldijo a su pene palpitante mientras sostenía su cuerpo dócil y suave contra sí mismo. No era el momento de que se le pusiera dura, pero no

estaba seguro de poder estar a menos de un kilómetro de Kara y no tener una erección rampante. Un suspiro cálido salió de su boca, haciendo que unos mechones del pelo de Kara se agitaran.

Simon quería hacer que desaparecieran todos sus problemas, que se desvanecieran como si nunca hubieran existido.

—Lo solucionaremos, Kara. Yo te ayudaré.

Ella se alejó de Simon, secándose las lágrimas con los dedos de ambas manos.

—Te he empapado. —Hipó mientras le limpiaba la camisa húmeda.

Simon sintió deseos de lloriquear cuando ella se apartó por completo de sus brazos.

—No importa.

—No puedo pasarme todo el día llorando como un bebé. Tengo que ver si puedo encontrar un albergue. Esto me ha arrojado al abismo económico.

—Ahora tenía el rostro compuesto, el gesto sin vida.

—Nada de albergues. Puedes quedarte aquí. Tengo suficiente espacio. —Intentó mantener la voz calmada, pero estaba dispuesto a pelearse con ella hasta terminar en el suelo si hacía falta. No iba a ir a un refugio. Era posible que en ese momento estuviera destrozada, pero se recuperaría—. Razona, Kara. Necesitas ayuda. Yo quiero ayudarte. Puedes terminar tu último semestre y vivir aquí.

—¿Por qué? ¿Por qué ibas a quererme aquí? Soy una perfecta extraña para ti.

Quería decirle que nunca había sido una extraña; no desde el primer momento en que la vio. Algo había hecho clic en su interior, algo crudo y elemental.

—Necesitas ayuda. Todo el mundo necesita ayuda a veces. Yo tenía a mi hermano; tuve suerte.

—Simon, no puedo aprovecharme de ti sin más.

«Oh, sí. Sí puedes. Cuando quieras». Simon se sentó en su taburete para ocultar una creciente erección. Por suerte, ella se sentó y atrajo la taza de café hacia sí.

—No vas a aprovecharte, sino a aceptar un poco de ayuda.

Ella bufó antes de dar un trago a su bebida templada.

—Es más que un poco. Todavía me faltan más de cuatro meses de universidad. No tengo dinero. No tengo ropa. No tengo nada.

A pesar de que quería decirle que anduviera desnuda con total libertad, respondió:

—Nina va a comprarte algo de ropa, no te preocupes. —Inspiró hondo antes de continuar—. Sólo tengo una condición. Aparte de eso, mi ayuda es incondicional.

—¿Cuál es? —Kara lo miró con cautela por encima de su taza.

—Quiero que dejes de trabajar mientras estés en la universidad. —Tuvo que contener una sonrisa cuando ella alzó el rostro con un gesto terco e implacable. Aquel iba a ser un tema espinoso, pero no iba a perder.

—No puedo dejar de trabajar. Necesito ganarme la vida. No tengo nada —le dijo vehementemente.

—Nada de trabajar. Yo te ayudaré económicamente. Ya pasas cuarenta horas semanales en la universidad y eso no incluye el tiempo de estudio. Esa es mi oferta: o lo tomas o lo dejas. —No iba a seguir viendo cómo se consumía. Tras una sola noche de sueño adecuado, las oscuras ojeras habían disminuido. Sería agradable ver cómo desaparecían por completo y verla comer comida decente. Tal vez tuviera un interior de acero, pero maldita sea, su cuerpo era frágil.

—Pero, yo...

—Ése es el trato. ¿Lo tomas o lo dejas? —Simon vio que su rostro se volvía rojo y se encontró con su mirada disgustada. Simon se quedó en silencio, sin respiración, y el corazón empezó latirle desbocado. Era una maniobra arriesgada, ¿pero dónde podía ir? ¿Qué podía hacer? Sin embargo, durante un momento, durante un instante que pareció una eternidad, observó su rostro, seguro de que iba a mandarlo a la mierda.



Le estaba dando órdenes, diciéndole cómo vivir su vida y, de manera instintiva, quiso rebelarse. Kara respiró frustrada. La mirada de Simon era inamovible e inflexible. Entonces, no había negociación. Era a su manera o nada. ¿Tenía opción? Podía buscar un albergue, pero eso significaba dejar la universidad por el momento y desbaratar su plan de estudios.

—¿Y qué pasa con mi seguro médico y mis prestaciones? ¿Qué pasa con el restaurante?

—El negocio de Mamá irá bien. Tiene camareras que quieren trabajar a jornada completa.

Kara hizo una mueca cuando oyó aquella afirmación, a sabiendas de que era cierto. Había otras empleadas que estarían encantadas de quedarse con su puesto a jornada completa.

—Y me aseguraré de que sigas dada de alta en COBRA. No perderás tu seguro médico.

Kara lo miró a los ojos, intentando descifrarlo, pero Simon era un misterio para ella. «¿Por qué hace esto? ¿Puedo confiar en él? Apenas lo conozco. Confío en Helen, y ella adora a sus hijos».

—Vale. Lo haré. Pero tienes que tomar nota de los gastos y te lo devolveré.

—Entonces no hay trato.

—Has dicho que sólo tenías una condición. —Se terminó el café, intentando mantener las manos firmes sosteniendo la taza por ambos lados.

Simon se encogió de hombros.

—Es un añadido porque has intentado cambiar los términos originales.

—¿Qué sacas tú de todo esto? Voy a invadir tu intimidad, a usar tu dinero, ¿y tú no obtienes nada a cambio? —Lo miró de hito en hito, desconcertada por su propuesta.

—No quiero tu dinero. ¿No puedes aceptar la ayuda sin cuestionar mis motivos? Quiero ayudar —se resistió él con voz incómoda para después terminarse el café y posar la taza en la encimera con un golpe impaciente.

—Quiero hacer algo, darte algo por las molestias. Siempre pago a mi manera. —Agitada, se puso en pie y recogió las tazas. Las llevó al fregadero y las aclaró antes de ponerlas en el lavavajillas. Sinceramente, le besaría los pies en agradecimiento, pero de alguna manera le molestaba estar en deuda con él. No estaba acostumbrada a coger nada. ¡De nadie! Era una superviviente; hacía lo que tenía que hacer sólo para mantenerse un paso por delante de la pobreza. Aquello era ajeno y era tan confuso que resultaba aterrador.

Kara se volvió y se dio de bruces contra el cuerpo fornido de Simon. Una fuerza que impidió fácilmente que avanzara. El hombre era como el asfalto: fijo e inamovible. Puso las manos en sus bíceps sólidos y musculosos para recuperar el equilibrio.

—Lo siento —farfulló, pero él no se apartó.

—Sólo quiero una cosa de ti, Kara. —Su tono de voz era grave y ronco. Simon se inclinó e inhaló como si estuviera respirando su aroma. Dio una

palmada con cada mano en la encimera, a ambos lados de ella, de modo que quedó atrapada.

Aquel hombre era como una tetera de testosterona en ebullición, y cada hormona femenina de su cuerpo se levantaba felizmente para recibir a ese encanto masculino. Simon la rodeó, sosteniendo su cuerpo atrapado y haciendo que quisiera rendirse a su dominio. Algo en el interior de Kara se derritió y sintió deseos de mecerse entre sus fuertes brazos.

—¿Qu-qué? —¿Qué podía querer de ella? Se estremeció cuando él invadió su espacio, sintiendo el calor que irradiaba su cuerpo. Kara media 1,72 m descalza, pero Simon era más alto, más fuerte y más poderoso que ella. Inclino la cabeza, rozándole la oreja con los labios.

—A ti. En mi cama. Una noche. Todo lo que quiera, todo lo que necesite. —El susurro bajo y sensual hizo que una llamarada recorriera todo su cuerpo.

—¿A mí? —dijo con voz aguda mientras sus labios hambrientos recorrían el costado de su cuerpo, haciendo que su sexo palpitará tenso de deseo y que se le humedeciera la vagina.

—A ti. Una noche —repitió él mientras sus manos pasaban a sus caderas y acariciaban la bata de seda, explorando su cuerpo con ansia.

Kara dejó caer la cabeza a un lado, dándole vía libre para dejar que explorase la piel sensible del lateral de su cuello. «Ay, Dios, qué rico. Qué bien huele». No podía pensar cuando su boca descendió hasta sus labios.

Simon no preguntaba; exigía. Su lengua empujó el borde de sus labios insistentemente hasta que ella abrió paso, dejando que la tomara y que su lengua poseyera su boca con caricias exigentes. Kara soltó un gemido involuntario en el beso, sintiéndose extasiada y abrumada a la vez; su respuesta fue automática y de deseo. Devolviéndole el empujón, enredó su lengua con la de él, explorándolo y probándolo.

Sin liberarla de su abrazo apasionado, las manos de Simon ascendieron para abrir la bata, recorriendo con dedos posesivos su piel sensible y sus pezones duros. Pellizcaba y acariciaba alternativamente, haciendo que su deseo fuera en aumento hasta que perdió el control. Un muslo fuerte envuelto en tela vaquera embistió entre sus piernas y ella se apretó contra él, desesperada por sentir la fricción. Sus manos se sumergieron en el pelo negro y áspero, cerrándose en un puño mientras cogía una ola de placer erótico.

Simon apartó su boca de la de Kara, gimiendo como si acabara de correr una maratón.

—Dios, eres muy *sexy*, Kara. Muy receptiva.

El cuerpo de ella palpitaba mientras la mano de Simon se movía por su vientre.

—Quiero una noche.

Kara dio un respingo cuando los dedos de Simon alcanzaron su vagina saturada y estimularon la carne rosa y madura moviendo el muslo atrás para poder explorarla en profundidad.

—Estás húmeda y lista —dijo con voz ronca mientras dibujaba círculos en su clítoris—. Huelo tu deseo y me está volviendo loco. Quiero probarte.

—Oh, Dios. Por favor. —Kara era presa de las sensaciones; el deseo bullía en cada terminación nerviosa de su cuerpo. Llevó las manos a sus hombros, necesitada del apoyo para permanecer de pie.

—Qué dulce —le murmuró al oído antes de trazar un surco con la lengua por su cuello, moviéndola a un ritmo que imitaba lo que quería hacer en otro sitio, abrumándola con el deseo ardiente de sentirla ahí mismo y haciendo que desease aquella lengua de terciopelo entre sus muslos. Sus caderas se flexionaron, necesitadas de más contacto, de más de esos dedos talentosos y excitantes.

—Simon, necesito...

—Sé lo que necesitas. ¡Lo mismo que yo! Pero, por ahora, puedo darte esto. —Sus dedos aterrizaron en su nódulo deseoso, deslizándose entre los pliegues húmedos y encontrando los lugares donde necesitaba que la tocara.

Kara gimió a medida que Simon aumentó la velocidad y la intensidad. Había perdido la cabeza por el deseo crudo y un gemido se le escapó de los labios cuando una mano siguió con la tortura erótica de sus pechos mientras la otra mantenía un asalto sin tregua sobre su clítoris erecto.

—Sí. Oh, sí. —Kara sabía que la voz apasionada y sensual era la suya, pero apenas la reconocía. Tenía un timbre agudo y punzante que suplicaba alivio.

La boca de Simon tragó su gemido, como si quisiera cada pizca de su placer. Ella respondió dándole un mordisquito en el labio, abriendo la boca para su posesión y rindiéndose a él por completo.

Su vagina se apretó y sintió el clímax inminente hasta los dedos de los pies. Arrancando la boca de la suya, echó la cabeza atrás y emitió un

gemido alto cuando un fuerte orgasmo hizo presa de ella, haciendo que sintiera oleadas de placer que nunca había experimentado antes.

Dejó caer la cabeza contra su hombro mientras las ondas se expandían y hacían que su cuerpo siguiera estremeciéndose.

—Ah, Dios. ¿Qué demonios ha sido eso? —Jadeó mientras Simon le cerraba la bata y atraía su cuerpo inerte contra él.

—Placer. Sólo una pequeña muestra de lo que podríamos tener en la cama —respondió Simon en voz baja, meciéndola ligeramente con su cuerpo mientras ella se recuperaba—. Me gustaría una noche, Kara. No porque tengas que hacerlo, sino porque tú también quieras. Te ayudaré independientemente de eso. Es tu elección si me das o no lo que quiero. Pero estás avisada... me gusta tener el control.

Aún hecha añicos y con la cabeza hecha un caos, preguntó haciendo un alto:

—¿Qué quiere decir eso exactamente?

—Rendición total —respondió él con tono grave y ronco que vibraba con una pasión apenas controlada—. Piénsalo. Di la palabra y te daré cada gota de pasión que sea capaz de dar.

—No tengo tanta experiencia. Yo... Vas a quedar decepcionado. —No había tenido sexo en más de cinco años e, incluso entonces, solo con un novio. Había sido su única relación sexual: había durado cinco años y acabó mal.

—No quiero experiencia sexual. Sólo te quiero a ti —respondió secamente mientras daba un paso atrás para dejarle espacio.

Kara se percató de la mirada tensa en su rostro y de los surcos en torno a su boca. Dejó caer la mirada hasta su entrepierna, donde vio una larga vaina apretando contra el tejido vaquero.

Simon se inclinó hacia delante y le besó la frente con ternura.

—Decídelo más tarde. Has pasado por mucho hoy y necesitas recuperarte de tu enfermedad. Descansa. Come. Relájate. Estaré en mi sala de ordenadores, arriba, si necesitas cualquier cosa. Nina llegará pronto con tu ropa. Puedes quedarte con la bata. Te sienta bien. Pero, sólo para que lo sepas... tendré una erección rampante cada vez que te la pongas. Recordaré cada sonido dulce, cada respuesta deliciosa tuya mientras te corrías en mis brazos.

Kara se agarró a la encimera que tenía a la espalda, con los nudillos blancos debido a la fuerza de su agarre cuando Simon se volvió y se alejó con paso tranquilo, con los músculos ondeando en su trasero y espalda perfectos mientras él salía de la cocina como si nada.

—¿Acaba de ocurrir lo que creo? —susurró Kara con voz atónita, esperando que todo el día fuera un mal sueño y despertarse en su propia cama, en su apartamento diminuto. Simon Hudson suponía un peligro para su cordura, y necesitaba mantenerse lo más alejada de él que fuera posible.

«Cuatro meses. ¿Podré hacerlo?». Estiró la columna y se ciñó la bata. Era una superviviente y sobreviviría. Simon había mencionado que acostarse con él no era un requisito. No tenía que ocurrir.

Kara inspiró hondo, intentando relajarse. Haría todo lo que pudiera para ayudar a Simon excepto acostarse con él. Podía cocinar, limpiar y ayudarlo con cualquier cosa que necesitara hacer. No tener trabajo iba a dejarla inquieta. Tenía que haber otras cosas que pudiera hacer para pagarle lo que iba a hacer por ella.

«Quieres hacerlo. Sabes que lo deseas».

Sacudió la cabeza, intentando silenciar sus pensamientos caprichosos. Enrollarse con Simon Hudson no era buena idea. El genio multimillonario era de la clase que la dejaría devastada después de una noche de pasión. Acababa de demostrarlo haciendo que todo su mundo se tambaleara, y ni siquiera había tenido sexo con él. «Pero sabes que sería una noche increíble que nunca olvidarías». Y lo sería. Ése era su miedo. Sería demasiado memorable. Sacudiendo la cabeza, de pronto se acordó de la clínica. Debería haber ido allí por la mañana. «Mierda. Tengo que llamar a Maddie. ¿Cómo puedo haberlo olvidado?».

Kara pasaba todos los sábados por la mañana como voluntaria en la clínica infantil gratuita con la Dra. Madeline Reynolds. Era algo que Kara llevaba haciendo todos los sábados por la mañana durante el último año y, aunque todavía no tenía su título de enfermera, ayudaba con las tareas que podía hacer para que Maddie pudiera atender a tantos niños como pudiera durante el día de clínica. Cogió un teléfono inalámbrico de la encimera y marcó el número de la clínica apresuradamente para explicarle a Maddie lo que había sucedido y decirle que sentía no poder ir.

—No es como si fueras una empleada, Kara, aunque agradezco el hecho de que sigas viniendo a ayudar. Hoy voy bien. ¿Tú estás bien? ¿Necesitas

un sitio donde quedarte? —la voz de Maddie sonaba preocupada y a Kara el corazón le dio un vuelco de alegría. Maddie era tan generosa, tan cariñosa... pero no podía causarle molestias a su amiga. Kara sabía que Maddie gastaba cada centavo que tenía en la clínica gratuita y acababa de terminar Medicina. Kara le había oído decir a modo de chiste, más de una vez, que seguiría pagando sus préstamos de estudios cuando se hubiera jubilado.

—No. Estoy bien. Tengo un... amigo que me está ayudando —contestó, esperando que su voz sonara normal.

Se produjo una pausa antes de que Maddie le dijera firmemente:

—Kara, llámame si necesitas ayuda. Lo harás, ¿verdad?

—Sí. Te lo prometo. Te veré el próximo sábado.

—Ten cuidado. Si encuentras a esa zorra de tu ex compañera de piso, llámame. Le daré una paliza —dijo Maddie con voz indignada.

Kara se rio.

—Ponte a la cola. Estoy bastante cabreada como para hacerlo yo misma.

Después de asegurarse unas cuantas veces a Maddie que estaría bien, Kara colgó con un suspiro y anduvo por el apartamento para ver qué quedaba de sus cosas. «Lo conseguirás. Hasta aquí has llegado. Cuatro meses será cosa fácil. Algún día reemplazarás lo que te haya quitado». Un hormigueo le recorrió la columna mientras buscaba la habitación de invitados que albergaba sus magras posesiones, con el presentimiento de que los próximos cuatro meses serían el desafío más grande al que se hubiera enfrentado nunca. ¡Pobreza! ¡Soledad! ¡Rechazo! ¡Inseguridad! ¡Miedo! Todo eso parecía un trozo de pastel comparado con varios meses en compañía de Simon Hudson. La tentación iba a ser una verdadera putada.



Capítulo 5

Durante los seis días siguientes, Kara descubrió que vivir con Simon era fácil, siempre y cuando se saliera con la suya. Se encontró farfullando más de una vez sobre su actitud sobreprotectora y sus tácticas de control. Sin duda, el hombre era generoso y ya había tenido varios ataques de histeria sobre la cantidad de dinero que se gastaba en ella. Ropa, un portátil, un iPhone, un iPod, un iPad... A Simon le encantaban los cacharros cuyo nombre empezaba por *i*, así como cualquier cosa que fuera esencial para su bienestar. Había intentado explicarle pacientemente que había vivido lo bastante bien sin ninguna de esas cosas antes, pero Simon se limitó a gruñir y pronto le regalaba otro supuesto aparato esencial, ninguno de los cuales era una necesidad en absoluto.

La única pelea que había ganado fue la discusión sobre que Simon le comprara un coche. Kara se había impuesto y se negó, diciéndole que prefería coger el autobús. Sinceramente, tampoco había ganado esa batalla. La única razón por la que le había dado tregua era porque hacía que su conductor, un hombre encantador llamado James, la llevara a la universidad todos los días y la recogiera después de clase o de las sesiones clínicas. James parecía estar a la entera disposición de Simon, aunque él conducía hasta su oficina por las mañanas en un Bugatti Veyron. Kara casi se atragantó la primera vez que vio el elegante coche, escandalosamente caro, que antes sólo había visto en fotos. Simon se encogió de hombros y le dijo que Sam también tenía uno, aunque el de Sam era más moderno, hecho que parecía irritar a Simon cada vez que su preciado vehículo salía a colación.

Kara le puso los ojos en blanco y se alejó. «De verdad... parece un niño... aunque rico, muy rico, y sus juguetes son mucho más caros».

Nina, la asistente personal de Simon y otra empleada que a Kara le había gustado desde el primer momento, le había traído ropa nueva la mañana del sábado anterior, y no había llegado sola. Necesitó una cola de hombres fuertes y capaces que la siguieran con todo un armario nuevo que decididamente no procedía de Walmart ni de cualquier tienda de saldos normal. Ahora Kara tenía un enorme vestidor lleno de ropa cara de firma; probablemente nunca llegaría a ponerse la mayor parte. «Por Dios, si hasta los pantalones son caros y de diseñador». Cada prenda le sentaba a la perfección. Simon había comprobado la ropa manchada que llevaba en la mochila para ver qué talla usaba. El incidente de la ropa fue la primera experiencia de muchas que le estaban demostrando a Kara que Simon lo hacía todo a lo grande.

Se resistió de veras cuando vio la cantidad de dinero que había depositado en su cuenta bancaria. «¿Cómo demonios ha averiguado mi número de cuenta?». Él se limitó a encogerse de hombros una vez más y le dijo que se lo hiciera saber cuando necesitara más fondos y se encargaría de ello. «¿Más fondos?». Había transferido cien mil dólares a su cuenta, hecho que casi le provocó un infarto cuando fue a comprobar su saldo. Una cuenta que habitualmente era de un solo dígito de pronto se convirtió en una fuente inagotable de efectivo. ¿Cómo podía nadie gastar tanto dinero en unos meses? Kara intentó hacer que se llevara la mayor parte. Tener tanto dinero en su cuenta era un poco abrumador y sus necesidades eran sencillas. Ya tenía todo lo que necesitaba y más, gracias al rey Simon. Éste farfulló una palabrota y otra frase lapidaria sobre que era una terca e ignoró su petición. Al final, Kara hizo un aspaviento y se alejó a grandes zancadas, murmurando algo sobre hombres inflexibles y arrogantes. Una risa tranquila la siguió fuera de la habitación y ella se obligó a no volver la vista atrás para comprobar si Simon estaba sonriendo.

De hecho, le alegraba poder proporcionarle algo de diversión, porque no parecía poder encontrar nada más que hacer para ayudarlo. Se sentía atormentada por la culpa la mayor parte del tiempo por aprovecharse de su naturaleza generosa.

Simon tenía personal de limpieza y lavandería que iba a casa una vez a la semana, de modo que quedaba poco que Kara pudiera hacer excepto

cocinar, y tenía mucho tiempo extra para eso. La repostería y la cocina eran prácticamente las únicas cosas útiles que podía hacer para ayudar, pero Simon parecía pensar que era una tarea monumental parecida a salvarle la vida cuando le preparaba algo de comer. Parecía que no cocinaba y subsistía principalmente a base de sándwiches cuando estaba en casa porque nunca había querido contratar a un chef a jornada completa. Claro, su asistente personal le hacía la compra; una tarea que Kara le había quitado a una Nina agradecida. La asistente de Simon decía que estaba cansada de ver a Simon vivir a base de cenas precocinadas de microondas y de relleno para sándwiches que pedía cada semana. La mujer diminuta e impoluta, probablemente de unos sesenta años, se limitó a pronunciar un enfático «¡Aleluya, por fin va a comer!», y le dio su lista de la compra habitual a Kara muy contenta.

Kara cerró su libro de enfermería al terminar de estudiar, se estiró sobre la espalda y rodó por la enorme cama tamaño rey de la habitación de invitados hasta quedar mirando el techo. Debería preguntarle a Simon qué quería cenar, aunque ya sabía lo que respondería. «¡Cualquier cosa que no tenga que cocinar!».

Normalmente pasaba la mañana en su oficina y la tarde en su sala de ordenadores, arriba. El apartamento era enorme, y Kara se preguntaba si alguna vez sabría encontrar el camino sin girar en el lugar equivocado un par de veces.

Bajó de la cama de un salto, anduvo a través del precioso salón mientras admiraba la vista desde un enorme ventanal. Simon vivía en el ático, el apartamento más grande del edificio, y cada destello de luz de Tampa se extendía ante ella en un esplendor sobrecogedor. Era increíble tener aquella vista espléndida cada noche. Desearía que Simon se tomara un momento para disfrutarla. Parecía estar obsesionado con un proyecto en ese momento y sólo bajaba durante breves periodos de tiempo a cenar antes de volver a su sala de ordenadores.

Kara se preguntaba si la estaba evitando y se sintió culpable al pensar que tal vez estuviera escondiéndose en su propia casa. No habían hablado de lo ocurrido en la cocina seis días antes. Se rodeaban con cortesía, manteniendo conversaciones superficiales durante la cena.

Cuando dobló la esquina y empezó a subir la escalera de caracol, admitió para sus adentros que quería su compañía. Trabajar e ir a la universidad la

había mantenido ocupada y a ella y a la soledad a distancia. Ahora tenía demasiado tiempo entre manos y nada que hacer por las tardes excepto ver la enorme televisión de Simon o leer después de terminar de estudiar. La soledad estaba bien, pero a veces se sentía sola noche tras noche. Cuando estaba trabajando, al menos tenía la compañía de los clientes y demás empleados.

Disgustada consigo misma, giró a la izquierda cuando llegó a la cima de la escalera para dirigirse al laboratorio informático de Simon. ¿De qué se quejaba? Tenía todos los lujos y comodidades. Vivía en una casa con la que la mayor parte de la gente soñaba y no tenía que preocuparse de tener fondos. Aún así, quería un poco más de la compañía de Simon cuando debería sentirse jodidamente agradecida de tener un techo sobre su cabeza y una cantidad inagotable de comida. Se detuvo frente a la puerta de la sala de ordenadores y llamó suavemente.

—Adelante. —La respuesta seca y distraída le hizo sonreír. Decididamente, estaba absorto en alguna especie de proyecto.

Normalmente se limitaría a asomar la cabeza, pero sentía curiosidad por el laboratorio de Simon, de modo que entró y cerró la puerta tras de sí. Había ordenadores por todas partes y Simon tenía una silla de ruedas con la que se deslizaba de uno a otro, cosa que resultaba fácil por el plástico que cubría el suelo bajo el círculo de ordenadores. Kara anduvo descalza por la lujosa alfombra hasta que sus pies se encontraron con el suave plástico y echó una ojeada a las pantallas de los ordenadores. Se quedó boquiabierta al percatarse de que reconocía la fotografía en la pantalla más grande. Entrecerró los ojos y preguntó en voz baja:

—Eh, ¿eso es *Myth World*?

Simon alzó la cabeza de golpe y la miró a los ojos, sorprendido.

—¡Sí! ¿Conoces el juego?

—¿Conocerlo? Soy una jugadora experta —respondió, ligeramente ofendida de que pensara que no estaba familiarizada con un juego tan popular—. Lydia lo tenía y me enganché después de probarlo la primera vez.

Le encantaba el juego y siempre encontraba tiempo cuando podía para jugar en el ordenador de Lydia, aunque fuera tarde por la noche. Era el único capricho que se daba. No podía resistirse a dejar que el ordenador la

llevara a un mundo completamente nuevo cuando jugaba, retándola a encontrar los secretos y enfrentarse a figuras mitológicas.

Los labios de Simon se curvaron en una sonrisa de idiota que hizo que le diera un vuelco el corazón. Era la primera sonrisa sincera, completamente resplandeciente que le había visto a Simon. Éste rodó en su silla hasta la pantalla con las figuras conocidas y respondió:

—Es mi juego. Éste es *Myth World II*.

—Ay, Dios. Déjame verlo. —Se coló delante de él con entusiasmo. No había visto el juego original en una semana, y ahí estaba la versión más reciente. Justo ahí, en la casa en la que vivía—. ¿Está terminado? ¿Puedo jugar? Echo mucho de menos ese momento de escapismo.

—Sólo tengo una versión de prueba. Todavía no está en el mercado. Puedes probarlo si quieres —respondió Simon con tono indulgente y juvenil. Repasó los mandos y se levantó para dejar que asentara trasero en la única silla disponible y se concentrase en el juego nuevo.

Era parecido, pero completamente diferente, y Kara se mordisqueó el labio inferior mientras intentaba descifrar los intrincados detalles del juego.

—Lo has hecho más difícil —le acusó con tono risueño.

—¿La versión original era fácil? —le preguntó él con una sonrisa en la voz.

—No. Pero no era tan difícil —respondió ella concentrada en la pantalla.

—Sí lo era. Lo que pasa es que todavía no estás acostumbrada a este. —Estudió su cara con la mirada y preguntó—: ¿Qué te gusta del juego?

—La estrategia, el reto de averiguar secretos, el mundo fantástico. Es como ser catapultada a otra dimensión durante un breve periodo de tiempo.

—Lo miró a los ojos cuando la destrozaron por completo en la pantalla—. Eres un genio, Simon —le dijo con total sinceridad—. No me había dado cuenta de que era un juego Hudson.

Kara casi juraría que Simon se estaba ruborizando cuando volvió la cabeza para responder modestamente:

—Sólo es un juego de ordenador. Nada emocionante.

Kara quitó las manos del escritorio y se las llevó al regazo mientras le decía con énfasis:

—Es increíblemente creativo, Simon. Hace falta algo más que programar para sacar algo así.

—Los instalaré en tu portátil —le dijo en voz baja.

—Oh, Dios, no. No terminaría de estudiar en la vida. —Rio mirándolo a los ojos, con tono juguetón.

—Creo que puedes controlarte —le respondió, sonando decepcionado.

—En absoluto. No tengo autocontrol cuando se trata de *Myth World*. ¿Tienes otros juegos que hayas diseñado?

—Claro, docenas de ellos.

—¿Te importaría instalarlos en el ordenador de sobremesa de la sala de estar? —preguntó dubitativa.

—Puedes subir aquí. Juega en el ordenador de usuario. —Señaló un ordenador grande y una silla en la esquina—. Tiene instalados todos mis juegos. De hecho, casi cualquier juego que se te ocurra está ahí.

Se llevó la mano al corazón fingiendo sorpresa.

—¡Oh, cielos! ¿De verdad tienes juegos de otras personas en ese ordenador?

Simon se acercó a ella, quedando por encima con una sonrisa traviesa.

—A veces me resulta necesario... estudiar a la competencia.

—¿Y son buenos? —preguntó mirándolo; le encantaba ese lado juvenil de Simon.

—No... pero tengo que mantenerme al día de lo que se vende —le dijo con tono impertinente.

«Dios, este hombre es tremendamente *sexy* cuando bromea. Mierda, siempre es *sexy*». Olía su perfume masculino con un toque de sándalo. Era un aroma rico y cálido que hizo que se estremeciera y sintiera un hormigueo por todo el cuerpo.

—Si no te importa, aceptaré tu oferta. Estoy acostumbrada a estar ocupada y no estoy al día de los programas de televisión más recientes. Me siento un poco sola a veces. Esta casa es enorme. —«¿Por qué he admitido eso?»—. Pero no te enfades cuando no prepare la cena a tiempo. Me pierdo en tus juegos —le dijo fingiendo un tono de advertencia, intentando fingir frivolidad.

Él se arrodilló sobre una pierna para mirarla a los ojos frente a frente.

—¿Te sientes sola aquí, Kara? —preguntó con tono preocupado, atónito, mientras la miraba con sus ojos oscuros—. ¿No te gusta estar aquí?

—No. Oh, no. Simon, es precioso. ¿Cómo no iba a ser feliz? —Suspiró tratando de explicarse—. Simplemente estoy muy acostumbrada a no tener

tiempo para pensar ni demasiado tiempo para mí misma. Necesito acostumbrarme después del ritmo frenético que llevaba antes.

—Suicida, querrás decir —sentenció con tono punzante—. Ese estilo de vida te estaba dejando seca, Kara.

—Lo sé. Y te lo agradezco. De verdad. Simplemente esto es distinto —le aseguró. No quería que pensara que era una desagradecida. «Mierda, estaría en la calle de no ser por su generosidad, pero aun así...»—. Estaré más contenta aquí contigo.

—¿Quieres mi compañía? —Buscaba su rostro; sonaba aturdido.

—Claro que sí. Pero sé que estás ocupado. Y pensaba que tal vez me estuvieras evitando después de... bueno, después de...

—¿Después de que te dijera que quiero follarte? —le preguntó llanamente, manteniéndola presa de su mirada.

—Sí —respiró suavemente, sorprendida por su brusca afirmación, pero agradecida de que hubiera salido a la luz. Había estado hirviendo a fuego lento, poniéndola nerviosa.

—No te estaba evitando, Kara. Quiero verte y estar contigo, tanto si quieres follar conmigo como si no —dijo con voz firme.

—¿Sí? —preguntó ella maravillada—. ¿Por qué?

—Yo también me siento solo a veces. Disfruto en tu compañía.

Ella inspiró profundamente, obligando a su corazón a calmarse por pura fuerza de voluntad.

«Quiero que me folles. Quiero que me lo hagas de cien maneras distintas y que luego vuelvas a hacerlo otra vez».

El suspiro abandonó su cuerpo mientras lo estudiaba con la mirada. Sólo de pensar en ese cuerpo grande, sólido y dominante sobre ella, en ella, hizo que se moviera inquieta en la silla. Le picaban los dedos por tocar el rostro tan cercano al suyo, por acariciar la mandíbula *sexy* y dura con la sombra del atardecer que hacía que sus cicatrices fueran casi invisibles. Por extraño que parezca, esas pequeñas cicatrices le añadían atractivo, haciendo que pareciera más masculino e irresistible.

«No, Kara. Ni lo pienses. La cena. Has venido aquí para preguntarle por la cena. Simon Hudson está fuera de tu alcance».

—Yo... De hecho había venido para preguntarte qué quieres para cenar —dijo con voz entrecortada prácticamente trabándose con sus propias palabras. La proximidad de Simon estaba haciendo mella en ella,

provocando que deseara mucho más que su compañía. Empujó la silla hacia atrás y se levantó, limpiándose las manos sudorosas en los pantalones. Aquello no ayudó. Simon se irguió sobre ella cuando se puso de pie.

—Te ayudaré. He terminado aquí por ahora.

Kara tragó saliva, preguntándose si la enorme cocina era lo suficientemente grande para los dos. Quería estar cerca de él, pero no tan cerca como para que el anhelo que sentía la sobrecogiera.

—Vale. Vamos a ver qué podemos hacer. —Andaba a pasos largos y rápidos abriendo camino hacia la cocina, feliz de estar en compañía de Simon, pero no completamente segura de cómo lidiar con su cuerpo traicionero y sus reacciones ante él.

«Rendición total». ¿Qué querría decir con eso exactamente? ¿Querría averiguarlo Kara?



Capítulo 6

Simon sabía que se estaba volviendo completamente histérico despacio y en silencio. Su mente divagaba por lugares a los que no debería ir, y había tenido que hacer horas extra durante los últimos días sólo porque no podía pensar en nada más que en el hecho de que Kara estaba ahí, en su casa, acercándolo más y más a la locura.

«Si no me la follo pronto, voy a perder los tornillos». Aliviado de ir por detrás de ella para que no pudiera ver su erección evidente, observó sus caderas meciéndose en unos pantalones que le abrazaban el trasero mientras la seguía hacia la cocina. Un olor fresco y tentador emanaba de su cuerpo y Simon lo respiraba como un hombre privado de oxígeno, hambriento de su fragancia. La olía en todas partes, incluso en su habitación. Su aroma parecía haberse pegado a cada parte de su casa para recordarle su presencia. Como si pudiera olvidarla.

¿Qué era lo que lo fascinaba tanto de ella? No es como si intentara hacerse la irresistible. Llevaba muy poco maquillaje y todavía no la había visto llevando otra cosa que no fueran pantalones, excepto la noche que casi le da un ataque al corazón cuando apareció con esa minifalda ajustada y el suéter. Sin embargo, estaba completamente embelesado.

—¿Por qué no tienes novio? —preguntó con curiosidad—. ¿No habría sido más fácil ir a la universidad si tuvieras un hombre en tu vida?

Habían llegado a la cocina y Kara estaba sacando lechuga, pimientos y otras hortalizas de la nevera.

—¿Quieres ayudar a cortar la verdura para una ensalada? Yo haré unos filetes. —Sacó la carne del refrigerador antes de añadir—: ¿Por qué iba a querer un novio mientras voy a la universidad? —Le dirigió una mirada perpleja y sacó una tabla de cortar mientras le ofrecía un cuchillo.

—Alguien que te ayudara. ¿No sería más fácil? —contestó mientras lavaba la verdura y empezaba a cortar con torpeza. Cocinar no era una de sus mejores habilidades.

Casi se cortó el dedo cuando Kara estalló en carcajadas antes de responder:

—En mi experiencia, los novios no son precisamente una ayuda.

Lo decía en tono jocoso, pero Simon oyó una pizca de dolor en su voz.

—¿Una mala experiencia?

—Sí.

—¿Qué pasó?

Kara puso los filetes en el horno y lo quitó de en medio de un empujón. Abrió la nevera y sacó una cerveza. Le quitó la chapa, se la dio a Simon y lo echó a la isleta de la cocina para que se sentara.

—Yo lo cortaré. Es probable que te amputes un dedo o dos.

Simon frunció el ceño sentado y la observó de perfil mientras ella cortaba y picaba como una profesional.

—Bueno, ¿qué paso?

Kara suspiró.

—Salí con Chris durante cinco años. Pensaba que terminaríamos casándonos. Por desgracia, un día llegué pronto a casa del trabajo y lo pillé en la cama con la que pensaba que era mi mejor amiga.

«¿Estaba completamente loco? ¿Tenía a Kara en su cama cada noche y deseaba a otra?».

—Era un idiota.

—No estábamos hechos el uno para el otro. De hecho me siento agradecida de no haberme casado con él.

—Aun así te hizo daño.

Ella se encogió de hombros.

—Fue hace mucho tiempo.

—Cabrón. —Simon no pudo evitarlo. Quería hacerle daño a ese imbécil.

—¿Y tú? —Kara le dirigió una mirada mientras repartía los pimientos verdes en rodajas en el cuenco de ensalada.

—¿Y yo, qué?

—¿Novia? Tengo la sensación de que te estoy cortando las alas. Por vivir aquí, quiero decir. —No lo miró mientras empezaba con los tomates.

Él se encogió de hombros.

—Nunca he tenido novia.

Kara dejó de cortar y lo miró anonadada.

—¿En serio?

Simon no incluyó a la mujer que había cambiado su vida para siempre, a la edad de dieciséis años. No había dicho su nombre ni hablado de ella en años. A nadie.

—No. No soy exactamente un tipo muy sociable. Sam es el conquistador compulsivo. Tiene el aspecto para eso —contestó secamente antes de dar un trago a su cerveza.

Kara farfulló algo que Simon no llegó a entender.

—¿Qué dices? —preguntó, sin comprender por qué se estaba poniendo como un tomate.

—He dicho que tú eres más guapo.

Simon casi dejó caer la cerveza, que cogió por poco antes de que se le cayera en el regazo.

—¿Has visto a Sam?

Kara salió al comedor un momento para dejar la ensalada en la mesa y contestó en voz alta.

—Sí, claro. Tienes fotos tuyas y de Helen por todas partes.

Él se quedó boquiabierto y esperó hasta que volviera a comprobar los filetes antes de responder con aspereza:

—Entonces sabes que eso no es verdad.

—En mi opinión, lo es —le dijo con obstinación—. Pero que no se te suba a la cabeza.

Simon sonrió. Sólo Kara sabía como hacer un cumplido y dejarlo desinflado de inmediato. Aun así, no podía creer que lo encontrara atractivo.

—¿Y mis cicatrices? Sam es un rubio de película con ojos verdes. A las mujeres parece encantarles eso. —Las mujeres adoraban a Sam... y Sam adoraba a las mujeres. ¡A todas! Encandilaba a mujeres de todas las edades. Una pena que no pareciera capaz de mantener la adoración cuando empezaban a salir con él.

—Supongo que prefiero a los hombres altos, morenos y gruñones —le dijo con ligereza mientras sacaba los filetes del horno.

Simon cogió una manopla con una sonrisa creciente para tomar la bandeja con los filetes chisporroteantes y puso uno en cada plato de los que había sacado Kara. La estudió con los ojos caídos, intentando descifrar si estaba ligando con él. No tenía ni idea. Tal vez únicamente estuviera siendo simpática. Después de todo, no conocía a Sam y estaba viviendo en su casa. De todas maneras, su comentario lo animó e hizo que se sintiera especial. Nadie lo había considerado guapo cuando lo comparaban con Sam, excepto posiblemente su madre. Las mujeres que tenían sexo con él lo hacían por su propio beneficio económico. Un acuerdo mutuo que le había funcionado bien... con esas mujeres.

Kara era una historia completamente diferente. De manera instintiva, Simon supo que un acuerdo con Kara parecido a los que había tenido anteriormente lo destrozaría. Cuando se sentaron a la mesa en el comedor, de pronto Simon recordó lo que había conseguido antes para Kara.

—Tengo algo para ti.

Casi se echó a reír cuando ella le frunció el ceño mientras sacudía la cabeza y decía:

—Simon, no voy a aceptar ni una cosa más. Ya has hecho bastante. Demasiado.

A él no le parecía que hubiera hecho suficiente ni de lejos, pero contestó:

—Vas a aceptar esto.

—No... No lo haré.

«Dios, me encanta esa cara terca». Echó la silla del comedor ligeramente hacia atrás y se metió la mano en el bolsillo delantero de sus pantalones. Extendió la mano, pero Kara seguía negando vehementemente con la cabeza, de modo que dejó caer el objeto en la mesa.

—Madre mía —Jadeó Kara en voz baja, encantada y maravillada. Cogió el anillo con dedos temblorosos y se lo puso en el dedo lentamente—. El anillo de mi madre. No creía que fuera a volver a verlo nunca. ¿Cómo lo has encontrado?

—En una tienda de empeños —contestó él feliz de haber mandado a algunos de sus empleados a hacer una ronda por todas las tiendas de la zona en busca del anillo—. Sabía que era lo que más te entristecía haber perdido.

—No es caro, pero significa mucho para mí. Es la única cosa que me queda que pertenecía a mi madre —dijo atragantándose y con voz entrecortada por la emoción.

Simon nunca le diría que su compañera sólo consiguió unos dólares por la joya que tenía en el dedo. Era un anillo barato en forma de mariposa con una amatista diminuta en el centro, pero Simon se había percatado de su pena por haberlo perdido.

—Me alegro de que lo fuéramos encontrarlo.

Simon no se dio cuenta de que iba hacia él. Voló desde su silla y su delicioso culito aterrizó en su regazo mientras le rodeaba el cuello con los brazos. Le atenazó la cintura para que no se cayera mientras lo comía a besos. En la cara, en el pelo, en cualquier sitio donde llegara. Sintió la emoción que irradiaba su cuerpo y la alegría que se derramaba por cada poro de su piel.

—Gracias, Simon. Eres el hombre más maravilloso sobre la faz de la tierra.

«¡Vaya, Dios!». Por mucho que le gustaba su entusiasmo y que se guardaría su felicidad como un tesoro, si no dejaba de menear ese delicioso trasero contra él, iba a correrse en los pantalones. Sus pechos generosos se frotaban contra su torso y su perfume hacía que quisiera devorarla. Cada delicioso centímetro de ella.

—Creo que me merezco un beso de verdad. Te dije que lo aceptarías —mencionó en voz baja, sugerente.

Kara enredó los dedos en su pelo y sus ojos se encontraron cuando tiró de su cabeza ligeramente hacia atrás. El corazón de Simon dio un vuelco cuando vio el brillo hambriento y apasionado en su mirada.

Bajó los párpados lentamente cuando la boca de Kara descendió hacia la suya. Simon cerró los ojos y movió una mano hacia su nuca, suspirando mientras sus dedos se enredaban en la masa de sedoso pelo oscuro. Sabía a mujer y a deseo, y Simon respondió con un deseo incontrolable que casi hizo que cayera al abismo. La lengua de Kara lo excitaba entre pequeños mordisquitos en sus labios e hizo que quisiera más, que necesitara más. Le presionó un poco la nuca para llevarse su boca a los labios, deseoso de sumergirse en ella y explorar cada centímetro de esa dulce caverna. La mano en su cintura se deslizó hasta su trasero e hizo que Kara estuviera

prácticamente cuerpo con cuerpo contra él. Simon gimió en su boca mientras sus lenguas se batían en duelo y se probaban la una a la otra.

Era tan receptiva y estaba tan dispuesta que Simon se perdió en ella en ese momento, sin importarle si lograba encontrarse de nuevo. «Kara. Kara». Su nombre resonaba en su cerebro mientras intentaba consumirla, poseerla. Un sentimiento posesivo salvaje lo dirigía mientras su lengua merodeaba en la boca de Kara, una y otra vez, deslizándose sensualmente contra la suya. Ella apartó la boca, jadeando, para enterrar el rostro en su cuello. Simon sintió su respiración cálida contra la oreja mientras recorría su cuello hacia abajo a pequeños lametones y mordisquitos.

—Kara, no soy un santo. —«¡Dios, no puedo más!». Tenía el miembro lo bastante duro como para clavar un clavo y todos sus instintos le gritaban que la tomara.

—Te deseo, Simon. Desesperadamente. —Ese tono de voz que decía «fóllame hasta dejarme sin respiración» y las palabras que pronunció hicieron que Simon gimiera, desesperado por estar dentro de ella. Aun así...

—No hagas esto por gratitud —gruñó él.

Kara se echó atrás para mirarlo, los ojos brillantes de deseo.

—Nunca haría esto por gratitud. Estoy harta de intentar luchar contra esta atracción que hay entre nosotros, Simon. Quiero mi noche. La que me ofreciste.

«Una noche». El corazón de Simon tronaba.

—¿Rendición total?

—No estoy segura de qué quiere decir eso... pero sí... rendición total. Sé que nunca me harías daño.

Su confianza y fe en él casi lo pusieron de rodillas. No tenía ni idea de lo que la esperaba por delante, pero lo deseaba lo bastante como para acceder a su petición. Le acarició la oreja con la boca mientras susurraba con voz áspera:

—Significa que necesito tener el control. Quiero atarte a mi cama, vendarte los ojos y follarte hasta que ninguno de nosotros sea capaz de moverse.

Simon sintió que se estremecía en sus brazos, pero respondió en voz baja:

—Entonces hazlo. Llévame a la cama, Simon.

Apenas capaz de creer que estuviera en sus brazos y dispuesta, Simon se levantó y la llevó a su dormitorio, deseando que no fuera el mejor sueño húmedo que hubiera tenido nunca.



Capítulo 7

Kara temblaba cuando Simon la cogió en sus brazos fuertes y musculosos y la llevó en volandas meciéndose contra su poderoso cuerpo. «¿De verdad le he dicho que me lleve a la cama y me haga lo que quiera?». Sí, lo había hecho, y temblaba a la expectativa. Lo que le había dicho era cierto. Estaba harta de luchar contra la atracción que sentía por él, una atracción que era mucho más que un poco de química. Atraída por él como nunca se había sentido por otro hombre, la lucha era inútil y el resultado inevitable. Su cuerpo ardía en deseos de que la tomara él, y sólo él.

Una mujer inteligente y espabilada como ella probablemente debería luchar contra la tentación. Pero Kara nunca se había sentido tentada por un hombre como Simon Hudson. Era un enigma, un misterio que no había resuelto todavía. Gruñón, seco, brillante... pero también considerado y amable, y de cuando en cuando captaba una vulnerabilidad que hacía que quisiera abrazarlo muy fuerte para calmar su alma atormentada. Kara no tenía dudas de que en algún momento de su vida, Simon Hudson había sufrido. ¡Mucho! ¿Cómo podía resistirse al anhelo que sentía por él? Tenía que pasar una noche con él, una oportunidad para experimentar el deseo verdadero. Si no la cogía, Kara sabía que se arrepentiría durante el resto de su vida. Era un instinto, pero había crecido a las duras y a las maduras, y había aprendido a dejarse llevar por su intuición.

Ese instinto llevaba gritándole toda la noche que aceptara la proposición de Simon, diciéndole que debería aprovechar la oportunidad para

experimentar una pasión y un deseo como nada de lo que hubiera experimentado antes y que podría no volver a presentarse nunca.

Sintió que sus pies tocaban la lujosa alfombra de la habitación de Simon cuando la bajó lentamente al suelo, cuerpo a cuerpo hasta que se encontró de pie. La expresión de Simon era volátil, sus ojos oscuros de hambre y deseo cuando bajó su boca hacia la de Kara. Un deseo en bruto la atravesó y estrechó el abrazo en torno a su cuello mientras Simon se sumergía en su boca, le quitaba la pinza del pelo y enterraba sus dedos en su melena, tirando de ella estrechar el beso. Una mano descendió y le agarró el trasero con fuerza, alzándola contra su erección y haciendo que gimiera en su boca con el deseo de tenerlo en su interior. Ya estaba húmeda y lista para su posesión.

Necesitada de contacto piel con piel, buscó su camisa, desesperada por tocar su piel desnuda.

—No —ladró Simon después de apartar la boca y agarrarle la muñeca.

—Sólo necesito tocarte —gimió ella, confusa por su cambio de actitud.

—Te necesito desnuda. Esto tiene que ir a mi manera, Kara —le dijo en voz baja—. Te dije lo que quería. Lo decía completamente en serio.

Su voz era exigente, pero Kara oyó una pizca de vulnerabilidad en su afirmación. Deseando que la poseyera más que respirar, dio un paso atrás y se quitó la camiseta. Abrió el botón de sus pantalones, bajó la cremallera mientras lo miraba a los ojos sin timidez ni dudas. Contoneándose para quitarse los pantalones ajustados de diseño, dejó que cayeran al suelo y los apartó de una patada cuando se detuvieron en sus tobillos. Se irguió sin dejar de mirarlo a los ojos, con un sujetador negro de seda muy ligero y un tanga a juego.

—Santo Dios. Eres la mujer más guapa que he visto nunca —susurró con reverencia mientras le acariciaba la mejilla y dejaba que su dedo se deslizara por su rostro y por su cuello hasta que alcanzó la curva de sus pechos, acentuada por el sujetador finísimo.

—Es la lencería cara —le dijo en voz baja ella, con voz aguda cuando acarició la cima de sus pechos levemente, haciendo que temblara de deseo.

—Eres tú —respondió él al llegar al broche frontal del sujetador. Cedió fácilmente, derramando sus pechos sobre sus manos, a la espera—. Eres la perfección personificada.

Kara sacudió los brazos y el material cayó al suelo sin hacer ruido. Siseó cuando las manos de Simon recorrieron todo su cuerpo, ahuecando la piel tierna de sus pechos mientras jugueteaba con sus pezones sensibles con los pulgares. Sus dedos, extendidos como ramas, dejaban rastros de calor por dondequiera que tocara.

—Aunque me encantan esas braguitas, tienes que quitártelas —insistió con voz ronca, un mero susurro, mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

Desaparecieron en cuestión de segundos por su deseo de tenerlo dentro de ella y el grito de súplica de su sexo pidiendo alivio.

Anhelo y aprensión se debatían en su cabeza mientras permanecía de pie frente a Simon, completamente desnuda.

—Simon, hace mucho tiempo que no estoy con nadie.

—¿Cuánto? —gruñó él, cogiéndole el trasero posesivamente.

—Cinco años. E incluso entonces no era muy buena en la cama. Sólo estaba Chris, y yo no basté para satisfacerlo —respondió en voz baja, intentando no permitir que las inseguridades del pasado la golpearan.

—¿Es eso lo que te dijo ese imbécil? —Insistió en saberlo, con la respiración cálida contra su cuello.

—Sí. Dijo que por eso necesitaba a otra mujer —se atragantó, humillada. Había creído a Chris. Aunque era el primero y el único, sabía que faltaba algo.

—Era un completo idiota, Kara. Eres toda la mujer que cualquier hombre podría desear o soñar. Exactamente lo que yo necesito. Era su problema, no el tuyo —gruñó poniendo ambas manos en sus sienes y alejándola de su cuerpo hasta que sus miradas se encontraron.

—Quiero esto. De verdad. Te deseo. Sólo estoy un poco nerviosa —admitió, con su cuerpo aun vibrando por la excitación—. No quiero decepcionarte.

—Escúchame —dijo mientras le cogía el pelo con vehemencia—. Nunca, jamás podrías decepcionarme. Te deseo tanto que estoy a punto de perder la cabeza. Te tengo. Yo tengo el control. Yo tomo las decisiones. Tú no tienes que hacer nada excepto correrte tan alto y tanto tiempo como quieras. Me complaces con solo estar aquí y desearme. Siempre que consiga hacer que te corras, estaré eufórico.

Kara suspiró, relajándose. Simon lo haría bien. Ya lo sabía.

—Entonces haz que corra, Simon. Llévame a la cama.

Simon la cogió en brazos y la colocó en el centro de la cama. Tiró del edredón con fuerza hasta que yació arrugado a los pies de la cama. La sábana de seda negra que quedaba bajo su cuerpo le acariciaba el trasero cuando se deslizó sobre la cama. Simon estaba sentado al borde de la misma y extendió la mano hasta el cajón que había junto a ella. Cogió cuatro esposas forradas de piel con sus herrajes, seguidas por una larga tira de seda negra.

—Rendición completa —murmuró Kara en voz baja mientras se recostaba sobre las almohadas forradas de seda.

—Sí —respondió él con delicadeza, examinando su cuerpo con ansia a medida que estiraba su brazo para ponerle la primera esposa.

Kara no tenía la menor duda de que Simon había hecho aquello muchas veces antes. La ató a la cama con los brazos abiertos en menos de un minuto. Ella lo observaba: él la miraba con ojos hambrientos mientras ejecutaba cada movimiento.

Kara se sorprendió por su propia reacción. Cuanto más vulnerable la dejaba a medida que la ataba a cada poste de la cama, más excitada se sentía. Estar abierta de piernas y manos para su placer le dio una libertad que nunca había experimentado. No tenía que tomar ninguna decisión ni preguntarse qué le agradaría. Él era el dueño y todo lo que tenía que hacer era esperar a su propio placer. Había algo tan erótico en estar atada a su cama que sus caderas rotaron y gimió suavemente mientras tiraba de las esposas. Apenas cedieron, aunque tampoco sintió dolor.

—¿Vas a amordazarme? —preguntó con curiosidad, pero sin miedo.

—Ni hablar. Quiero oír cada gritito de placer, cada dulce sonido que salga de tu boca mientras te corres para mí.

El calor que fluía por su cuerpo entró en ebullición con sus palabras graves y sensuales. Cerró los ojos, tan desesperada por un desahogo que gimió suavemente.

Al abrir los ojos de nuevo, Kara vio su rostro, fiero y voraz, antes de que le tapara la vista con una tira de seda negra, anulando su visión por completo y dejándolo todo negro como la noche. Sufrió un momento de pánico, pero sintió el aliento cálido de Simon en la oreja mientras trazaba los bordes de la misma con la lengua y susurraba:

—No poder ver intensificará cada sensación, Kara. Cada roce de mi lengua será más afilado, más agudo. Todo más excitante.

—Ya estoy bastante excitada, Simon. Por Dios, tócame antes de que me muera de deseo —gimoteó, esperando sentirlo en la oscuridad.

Oyó una risa grave y vibrante cuando él se levantó de la cama. Su ropa crujió cuando tocó el suelo. La cama rebotó bajo su peso cuando volvió.

—Estás tan increíblemente guapa que es difícil decidir por dónde empezar. He imaginado esto durante tanto tiempo. No puedo creer que estés aquí conmigo, en mi cama. —Su voz sonaba áspera y rugosa.

Kara estaba a punto de abrir la boca para decirle que escogiera cualquier punto pero que por favor empezara ya, cuando la boca de Simon cubrió la suya. Su beso era voraz y lleno de anhelo. Estaba desnudo y Kara suspiró en su abrazo cuando sintió su piel ardiente contra la suya. La lengua y la boca de Simon merodeaban y la clamaban una y otra vez, mientras una mano deambulaba por su cuerpo, acariciándole los pezones, deslizándose por su cadera, escurriéndose entre sus piernas abiertas y atadas hasta sus pliegues húmedos.

Ella separó la boca de la suya, gimiendo cuando sus dedos se deslizaron en su piel tierna, rozando su clítoris sensible e inflamado.

—Por favor, Simon. Ah, Dios. —Lo necesitaba. Todo su cuerpo ardía y tiró de sus ataduras, desesperada por más contacto.

Los labios de Simon se deslizaron por sus pechos, acariciándola y mordiendo suavemente un pezón, después el otro. Deslizó un dedo en su vagina, después otro, haciendo que se abriera y se estirase, haciendo que deseara que la llenase con su miembro.

—Dios, Kara. Estás tan húmeda, tan apretada —murmuró sensualmente contra su pezón, con el cuerpo tenso contra el de ella.

Sin vista y atada de pies y manos, todo lo que Kara podía hacer era sentir, y Simon estaba tocando su cuerpo como si fuera un instrumento. Aquello estaba intensificando sus sentidos hasta un nivel casi insoportable.

—Te necesito. Por favor.

—Pronto, cariño —canturreó él a medida que su traviesa lengua abría un surco por su abdomen y jugueteaba con su ombligo, antes de lavar finalmente los labios de su sexo, haciendo que gritara y se estremeciera con una lujuria fiera y atroz. Sus dedos se movieron con agilidad por el vello recortado de su pubis y su lengua talentosa se deslizó por sus pliegues

resbaladizos, sumergiéndose más y más a medida que ella dejaba escapar una serie de ruiditos cortos e incoherentes y gemidos.

Su espalda se arqueó, luchando contra sus ataduras, cuando su boca firme e insistente trazó círculos en torno a su clítoris deseosa, antes de por fin engancharse a él, encerrándolo ligeramente entre los dientes. Un deseo ardiente la golpeó como un rayo, su cuerpo chisporroteante cuando Simon colocó el nódulo para su lengua juguetona e incansable.

—Ah, Dios, Simon. —Su voz sonaba áspera y llena de deseo, le suplicaba que le permitiera llegar al clímax. Cada nervio de su cuerpo había cobrado vida y sentía un hormigueo mientras su sexo se tensaba con anhelo a medida que la presión aumentaba hasta un nivel casi insoportable.

Sus manos grandes se deslizaron bajo su trasero para llevarse su vulva contra la boca. La presión aumentó sobre su clítoris y Kara sintió que el clímax la resquebrajaba y cada centímetro de su cuerpo se agitaba cuando los espasmos la hacían presa y se liberaban. Una y otra vez.

—Sí. Oh, sí. —Dejó caer la cabeza hacia atrás y gimió con abandono cuando todo su cuerpo prendió en llamas. Simon lamía los jugos que fluían de su interior, murmurando cuánto estaba disfrutando a cada gota.

Kara se estremeció al sentir su piel exquisita, ardiente y desnuda contra su cuerpo cuando se deslizó sobre ella para ascender hacia su rostro. La boca de Simon cubrió la suya y Kara suspiró en el beso, degustando su propia esencia en su boca. «Santo Dios». Nunca había experimentado un orgasmo tan fuerte, tan intenso. Le devolvió el beso, intentando hacer que Simon comprendiera la importancia de lo que acababa de ocurrir, de lo que había experimentado, vertiendo cada gota de la pasión que sentía en el abrazo.

—Ha sido increíble —jadeó cuando apartó la boca. Cuando sintió su pene duro contra el muslo, se estremeció, más que dispuesta para que la tomara y a sabiendas de que llenaría más de un hueco vacío en su interior. Primitiva y salvaje, dio sacudidas contra él, suplicando que la poseyera desenfadadamente.

—Sabes como el buen vino, Kara. Podría haberme quedado ahí todo el día —murmuró con voz anhelante y hambrienta—. Eres preciosa. Tan preciosa.

—Tú también lo eres, Simon. Por favor, fóllame —gimió con cuerpo suplicante.

—Dime que me deseas, que me necesitas —exigió con tono duro y áspero.

Kara sentía la punta de su miembro duro rondando en torno a su abertura apretada.

—Mierda, el condón —gruñó Simon impaciente.

Kara alzó las caderas; lo necesitaba tanto dentro de sí que estaba a punto de gritar.

—Tomo la píldora para regularme el periodo. Estoy cubierta. Estoy limpia.

—Yo también estoy limpio, y sería mi primera vez sin condón. No aguantaré, pero te quiero así. Nada entre nosotros —le advirtió con la respiración pesada y cálida contra su cuello.

—No me importa. Córrete dentro de mí, Simon. Te deseo tanto. Te necesito muchísimo —suplicó con un ligero sollozo, completamente fuera de control.

Simon movió la cadera hacia delante y Kara se sintió plena al instante. Era grande y no había tenido a un hombre en su interior durante tanto tiempo. Simon hizo que su vagina se estirara, obligando a sus paredes a expandirse y aceptarlo. Su piel, húmeda y resbaladiza, abrió el paso, permitiéndole la entrada a medida que su miembro enorme se alojaba por completo en su interior.

—Dios, cariño, estás tan apretada —dijo Simon con dificultad, casi como si sintiera dolor—. Qué calentita. Qué bien se siente, qué increíble.

—Sí —gimió ella, completamente llena, completamente arrebatada por Simon. Su cuerpo enorme la consumía, la dominaba mientras él entraba y salía y volvía a entrar otra vez, frotando su punto G y llevándola a cotas cada vez más altas a medida que aumentaba el ritmo. Sus caderas bombeaban su interior, con una mano bajo su trasero para tirar de ella y encontrarse a medio camino, haciendo que sus pieles cachetearan la una contra la otra en un encuentro fuerte y satisfactorio.

En la oscuridad, Kara absorbía cada sensación, cada embestida. Simon estaba haciendo que su cuerpo cantara de placer y ella se aferró a las cadenas de las esposas, clavando los dedos en el metal mientras gritaba su nombre. El cuerpo de Simon se estrellaba contra el suyo y Kara se deleitaba con cada embestida, con cada golpe de cadera. Ambos cuerpos estaban resbaladizos de sudor y se movían el uno contra el otro en un tobogán

erótico. Una fina capa de vello en el pecho de Simon abrasaba sus pezones mientras se movía, haciendo que se excitara más, que gimiera mientras movía la cabeza de un lado a otro sin saber si sería capaz de aguantar la sobrecarga de sensaciones.

—Córrete para mí, Kara. Córrete. Quiero ver tu placer. —Su voz grave y seductora le susurraba, la alentaba, mientras su miembro la llenaba una y otra vez. Más y más rápido.

Cuando su mano se deslizó entre sus cuerpos y le tocó el clítoris con atrevimiento, explotó cuando el éxtasis se hizo presa de ella y vio destellos de color en la oscuridad mientras su cuerpo palpitaba y su vagina se tensaba una y otra vez en torno a su pene, estimulándolo.

—Ah, Dios, Kara —gimió Simon—. Eres tan dulce y tan jodidamente *sexy*. —Su boca descendió sobre la suya cuando la penetró una última vez como si quisiera poseer cada parte de ella, derramándose en su interior con un gruñido áspero y torturado.

Ambos volvieron lentamente a la realidad. Simon se apartó de ella y se tumbó a su lado, descansando la cabeza en su hombro, los brazos rodeándole el cuerpo y dándole suaves apretones posesivamente. Los labios de Kara buscaban y lo besó en la frente mientras intentaba recobrar el aliento.

El corazón le palpitaba y deseaba poder ver a Simon en ese preciso instante, el pelo revuelto, los ojos nublados con la pasión derramada. Estaba casi destrozada por la profundidad de sus sentimientos. Asustada. Emocionada. Confundida. Estaba hecha un lío absoluto en ese momento. No sabía cómo sentirse ni cómo reaccionar. El sexo nunca la había consumido tan completamente. «¿Qué demonios ha pasado? Simon. Simon es lo que ha pasado. Y nunca volveré a ser la misma».

Sintió su beso, una leve caricia de sus labios, antes de que él se levantara de la cama. Oyó que se cerraba la cremallera de sus pantalones y supo que se estaba vistiendo. Fue sólo momentos antes de que la soltara y le quitara la venda de los ojos.

Tenía el pelo revuelto de una manera adorable y sus ojos devoraban su cuerpo desnudo como si estuviera listo para poseerla otra vez. Kara se estremeció, no solo por su desnudez, sino por la mirada torturada que vio en sus ojos.

Simon la cogió en brazos y la llevó a través del vestíbulo hasta su habitación. Quitó el edredón y la depositó en el centro de la cama, tapando su cuerpo desnudo con el edredón. La habitación estaba a oscuras; la única luz provenía de la ventana y el resplandor de la luna, pero vio su ceño fruncido. «¿Se arrepiente de lo que ha pasado? ¿Estará disgustado por haberse acostado con una mujer que apenas conoce? ¿Tan disgustado que quiere librarse de ella, llevarla de vuelta a su cama y olvidar que el cataclismo de su unión hubiera ocurrido? Tal vez sólo me ha cambiado la vida a mí».

Inclinándose hacia delante, le besó la frente ligeramente y le susurró en voz baja y ronca:

—Gracias, Kara. Nunca olvidaré esta noche.

Ella se atragantó con las lágrimas, que se agolpaban al fondo de su garganta. No podía responder ni preguntar nada de lo que quería preguntar con tanta desesperación. Simon salió de la habitación y cerró la puerta suavemente tras de sí. «Se ha ido así, sin más. Ni siquiera ha querido dormir conmigo».

Kara dejó escapar las lágrimas, dejando que se deslizaran por sus mejillas mientras reposaba la cabeza sobre la almohada, preguntándose qué acababa de suceder. El hecho de que Simon la dejase tirada de vuelta en su habitación después del encuentro sexual más increíble de su vida fue como un tortazo en la cara. Con una fuerte dosis de realidad.

«Es un multimillonario, Kara. Despierta. ¿Acaso pensabas que quería algo más que una follada informal?». Tuvo que recordarse que era una chica mayor. Había accedido al encuentro con los ojos bien abiertos, a sabiendas de que no era nada más que una noche. «Entonces, ¿por qué duele tanto, maldita sea?».

Se deslizó en silencio de la cama y abrió uno de los cajones de la cómoda. Se puso un camisón antes de volver a su cama. Se tapó hasta arriba porque le temblaba el cuerpo. Simon era tan *sexy*, tan cálido. Ahora sólo se sentía fría y vacía.

Haciendo a un lado su rechazo y sus sentimientos heridos, Kara intentó salir de la situación de manera racional. Independientemente de lo que él sintiera por ella, Simon tenía algunos problemas. Las ataduras, la venda, que no quisiera que lo viera mientras tenían sexo. Tal vez le gustara un poco

el vicio, y desde luego había descubierto que a ella también, pero algo más le pasaba por la cabeza. Algo más profundo. Algo más oscuro.

«¿Nunca ha tenido novia? Eso, por sí mismo, es extraño. Desde luego, no le falta destreza sexual. Es increíblemente rico y guapo como un pecado. ¿Por qué no ha tenido nunca una relación larga?». Kara se giró sobre la espalda, dándole vueltas a la cabeza. «Los problemas de Simon no son asunto mío y dudo que aprecie mucho que meta las narices en su vida». Pero quería ayudarlo. Que no pudiera importarle ella no era culpa de él. No había sido otra cosa que generoso y amable. Si pudiera ayudarlo, tal vez podría enamorarse y tener una relación con alguna mujer a la que pudiera llegar a querer algún día.

Se le retorció el estómago y sintió una opresión en el pecho ante aquella idea, pero trató de ignorarlo. Simon merecía ser feliz. Necesitaba ser su amiga e intentar llegar al fondo de sus problemas. «Quieres ser algo más que su amiga, y lo sabes».

—Cállate de una puñetera vez —susurró furiosa a la habitación a oscuras, rodando sobre el estómago y poniéndose una almohada sobre la cabeza, como si tales acciones fueran a silenciar a sus pensamientos traicioneros.

No funcionó. Y tardó cierto tiempo en conseguir dormir. Fue un sueño inquieto, sin descanso, y tuvo sueños inquietantes sobre el hombre guapo de pelo y ojos oscuros con una expresión llena de angustia y miseria que intentaba luchar contra demonios que no podía ver realmente. En el sueño, Kara era una observadora que intentaba desesperadamente alcanzar al hombre en su agonía, extendiéndole la mano y suplicándole que se agarrase a ella, que le permitiera ayudarlo. Él empezó a levantar una mano lentamente mientras seguía haciendo aspavientos contra la oscuridad con la otra, intentando hacer que se desvanecieran las sombras oscuras con garras que lo amenazaban. Por fin, la mano de Simon encontró la suya, se agarró fuerte y ella tiró con todas sus fuerzas, intentando atraerlo hacia sí.

Al final, no pudo. El hombre tiró de ella hacia la oscuridad y dejó escapar un grito aterrorizado que helaba la sangre mientras la atraía hacia sí y la llevaba hacia una espiral profunda, oscura y que giraba como un torbellino. Simon cayó y ella cayó con él, a sabiendas de que ninguno de los dos conseguiría escapar nunca.

~Fin~

Sigue leyendo la historia de Simon y Kara en La Obsesión del
Multimillonario~Simon

Amazon Spain <http://amzn.to/2aYU5u7>

Amazon Mexico <http://amzn.to/2aGicc4>

Visita mi sitio de Internet:

<http://www.authorjsscott.com>

<http://www.facebook.com/authorjsscott>

<https://www.facebook.com/JS-Scott-Hola-844421068947883/>

Me puedes escribir a:

jsscott_author@hotmail.com

También puedes mandar un Tweet:

[@AuthorJSScott](https://twitter.com/AuthorJSScott)

Twitter Español:

[@JSScott_Hola](https://twitter.com/JSScott_Hola)

Instagram:

<https://www.instagram.com/authorj.s.scott>

Instagram Español:

<https://www.instagram.com/j.s.scott.hola/>

Goodreads:

https://www.goodreads.com/author/show/2777016.J_S_Scott

Recibe todas las novedades de nuevos lanzamientos, rebajas, sorteos,
inscribiéndote a nuestra [hoja informativa](#).

Visita mi página de Amazon España y Estados Unidos, donde podrás
conseguir todos mis libros traducidos hasta el momento.

Estados Unidos: <https://www.amazon.es/J.S.-Scott/e/B007YUACRA>

España: <https://www.amazon.es/J.S.-Scott/e/B007YUACRA>

Otros Libros de J. A. Scott

Serie La Obsesión del Multimillonario:

La Obsesión del Multimillonario ~ Simon (Libro 1)

La colección completa en estuche

Mía Por Esta Noche, Mía Por Ahora

Mía Para Siempre, Mía Por Completo

Corazón de Multimillonario ~ Sam (Libro 2)

La Salvación Del Multimillonario ~ Max (Libro 3)

El juego del multimillonario ~ Kade (Libro 4)

La Obsesión del Multimillonario ~ Travis (Libro 5)

Multimillonario Desenmascarado ~ Jason (Libro 6)

Multimillonario Indómito ~ Tate (Libro 7)

Multimillonaria Libre ~ Chloe (Libro 8)

Multimillonario Intrépido ~ Zane (Libro 9)

Multimillonario Desconocido ~ Blake (Libro 10)

Multimillonario Descubierta ~ Marcus (Libro 11)

Multimillonario Rechazado ~ Jett (Libro 12)

Multimillonario Incontestado ~ Carter (Libro 13)

Multimillonario Inalcanzable ~ Mason (Libro 14)

Multimillonario Encubierto ~ Hudson (Libro 15)

Serie de Los Hermanos Walker:

¡DESAHOGO! ~ Trace (Libro 1)

¡VIVIDOR! ~ Sebastian (Libro 2)

¡DAÑADO! ~ Dane (Libro 3)

Próximamente

Multimillonario Inesperado ~ Jax (Libro 16)